



GUILLERMO M.
EL JUEGO DE LA
MENTIRA

Guarda el secreto...



EL JUEGO DE LA ΜΕΠΤΙΡΑ

Guillermo M.

Así empezó todo...

Hacía demasiado calor, lo que provocaba que la clase de Historia fuera aún más aburrida. Aunque era normal que hiciera calor, ya que era verano y en esa zona de Los Ángeles el bochorno era sofocante.

El profesor no paraba de hablar pero nadie le prestaba atención. Todos los alumnos estaban ansiosos de que acabaran las clases, porque al sonar el timbre serían “libres” para poder disfrutar del verano a la espera de un nuevo curso.

Incluso Sara, la más inteligente del aula, estaba pasando del maestro escribiendo en el libro con un lápiz Faber Castell mientras que con la otra mano se acariciaba un largo mechón de color caoba de su cabello. Estaba deseando que llegara el verano para lucir su esbelto cuerpo en las playas del Caribe donde iría con Marine.

Ella tampoco estaba prestando atención. Tras estar mirando un largo rato el techo bajó la cabeza y se observó detenidamente en el espejito que tenía escondido entre el libro y estuche. Sus ojos castaños se volvían más claros y su pelo color avellana se transformaba en un tono más rojizo a la luz del sol, y eso le encantaba por que le hacía más atractiva.

Absorta por su imagen, sacó de su estuche su brillo de labios de Artristy rosa y los embadurnó con él. Cuando terminó se volvió hacia su novio Alan y lanzó un besito al aire.

Emm les observaba pacientemente, pero inmediatamente volvió a prestar atención a la clase. Historia era su asignatura favorita. Sin embargo, cedió a las ansias que tenía de que comenzaran las vacaciones.

Extendió el brazo sobre el pupitre y apoyó la cabeza sobre él, y empezó a imaginarse en la playa de puerto Vallarta, México, lugar donde iría en sus días de descanso ya que su madre era de esa nacionalidad.

Se incorporó sobre el asiento y se echó ligeramente sobre el respaldo, disfrutando de la caricia de la luz sobre su tez morena.

Tan solo faltaban cinco minutos para que la clase acabara, pero se comenzaban a hacer eternos.

Sean comenzó a deslizar su mano sobre su rubio y corto cabello. Se sentía incómodo porque descubrió que alguien lo estaba mirando. Era Ashley Becker.

Siempre había sabido que ella lo quería, pero él no sentía lo mismo y, además, le gustaba su soltería.

Aunque si él quisiera podría tener a cualquier chica. Un día, mientras se tomaba su Coca-Cola Cherry que se bebía siempre después de cada entrenamiento, escuchó a Lisa McField, a Selena Stunt y al resto de chicas del club de las animadoras que decían que él era el chico más guapo del instituto.

Por fin sonó la campana y salieron corriendo de la sala tan rápido como le permitieron sus piernas.

En el pasillo el ambiente estaba aún más cargado.

Sara se reunió con sus amigos pero alguien la agarró del brazo y le dio un beso en sus finos labios rosáceos.

Era Daniel, que estaba en el aula de Biología.

Ella lo amaba con locura, y además, le encanta el contraste de sus ojos azul cielo con su oscura cabellera.

Marine, agarrada al fuerte brazo de Alan, escuchó su nombre entre la multitud de palabras que volaban por el corredor.

Era Alessia, que lucía despampanante con sus shorts de Pepe Jeans y un top de DKNY a juego con unas Convers.

Sin duda, era una de las más guapas y populares del instituto. Su larga melena ondulada rubia caía sobre sus espaldas mostrando los diferentes mechones, algunos dorados y la mayoría de rubio ceniza o amarillo.

Pero a pesar de ser la más preciosa, se había ganado el mote de “Barbie diabólica”, “zorra fucsia” o “el anticristo de Los Ángeles”. Y es que aunque tuviera unos inocentes ojos verdes, era malvada y cruel.

– ¡Hola chicos! – dijo con una voz dulce y amable –. ¿Habéis visto a Josh?

– No, me parece que se ha saltado la última clase – contestó Emm.

– No pasa nada; ya hablaremos más tarde con él... Bueno, ¿preparados para la fiesta?

– ¡Sí! – afirmó Sara entusiasmada –. ¡Será la mejor fiesta de todas nuestras vidas!

Risas, risas y risas... Quién iba a decir que ese iba a ser el último verano de Alessia Rumsfield...

1

No lo cuentes

Las risas se habían acabado y se habían transformado en llantos. Los días de descanso se habían terminado.

El caluroso ambiente había cambiado. Ahora hacía frío, y las nubes que anunciaban tormenta entaponaban el cielo y le daban al cementerio un aspecto siniestro.

A Alessia le hubiera encantado... todos a su alrededor como si ella fuera el centro del mundo... aunque está muerta.

Después de su muerte en la fiesta del campamento las preguntas sobre lo ocurrido fluían de las bocas de la gente y las únicas personas capaces de responderlas eran sus amigos, pero ¿dirían la verdad?

Claro que no.

Marine fue la primera en acercarse al ataúd con un ramo de margaritas en la mano (las favoritas de Alessia) y lo colocó suavemente sobre él. Después retrocedió y se reunió con sus amigos.

Se agarró el extremo inferior de su vestido de Louis Vuitton negro y se lo estiró hacia abajo para esconder el muslo.

Después de la muerte de Alessia había comido como una cerda y se sentía gorda. Sara se aproximó a la tumba y le dejó sobre ella un ramo de flores.

Estaba demasiado afligida y se arrepentía de lo que había hecho en la velada, pero a pesar de eso su mirada era fría e indiferente. No quería mostrar ningún tipo de sentimiento que pudiera hacer pensar a la gente que era débil.

Inmediatamente volvió en sí, se colocó bien el tirante de su atavío negro de Gucci que se le había caído sobre brazo, y volvió al lado de su novio Daniel, que ya había depositado su manojo de gardenias sobre el féretro de pino.

La última en dejar el ramo fue Emm, que necesitó la ayuda de Sean para dejarlo. Estaba destrozada. Hacía días que no dejaba de llorar. Sus piernas estaban débiles, y su corto vestido de Versace gris mostraba sus escuálidas extremidades, señal de que hacía días que no comía bien.

Sean dejó sobre la lápida el ramillete, aun sujetando a Emm. Se acomodó el traje de Armani y regresó con el grupo agarrándola del antebrazo y la cintura.

Días atrás la policía les había hecho preguntas sobre lo ocurrido, pero ellos se habían inventado la sentencia.

Si les hubieran contado sobre la fiesta sus vidas cambiarían para siempre, aunque después de lo ocurrido... sus vidas ya no eran las mismas.

Sara volvió la cabeza y observó a la señora Rumsfield, la madre de Alessia, sollozando por la pérdida de su hija. A pesar de eso estaba deslumbrante con su cabello rubio ceniza y su vestido negro de encaje de Guess.

En seguida giró la testera hacia otro lado y observó a alguien en la lejanía. Un ente les observaba detrás de un sauce. No le podía ver bien el rostro porque no se había puesto las lentillas, pero no le daba buena sensación.

Aunque veía mal, notó que tenía un aspecto lúgubre y no sabía diferenciar si es hombre o mujer. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

El sonido de la caja hundiéndose bajo tierra la distrajo y volvió a colocar la mirada sobre ella.

Cuando la ceremonia terminó la gente empezó marcharse. Sin embargo ellos se quedaron aún allí.

Sara volvió a mirar hacia el otro lado del camposanto, pero aquella persona ya no estaba.

– Tenemos que contarle a la policía lo que ocurrió... – suspiró Emm.

– ¿Estás loca? – la interrumpió Marine arqueando una ceja –. Si lo hiciéramos nos meterían en la cárcel.

– ¡¿Entonces que vamos a hacer?! – se sobresaltó Emm –. Yo no me puedo callar este secreto...

– Se lo prometimos a Alessia – cortó Sara.

– Si hubiéramos parado cuando aún teníamos tiempo, tal vez Alessia seguiría viva y Mallory... – gimió Emm.

– Ni la menciones... – la frenó Sean.

– ¡Joder, basta ya! – gritó Daniel –. Le prometimos que no le contaríamos nada a nadie... ¡y tema zanjado!

Todos asintieron a la vez mirando el suelo. Alguien los llamó. Era el inspector Edison.

El detective era una persona muy seria, a pesar de que era joven y que cuando iba al instituto era un gamberro. Vestía con una camisa de color camel y unos pantalones de pana negros.

– ¿Cuándo pensáis contar la verdad sobre la fiesta?

Esos vocablos fueron como una bomba nuclear para los chicos.

– Está claro que estáis mintiendo y cuando averigüe lo que sucedió pienso tomar represalias... – y se largó, con un paso firme y decidido.

Hubo un silencio sepulcral. Sean alzó la cabeza y observó que la madre de Alessia los estaba mirando. Lo había escuchado todo...

Una bocina rompió el silencio. Era la madre de Sara.

Sin poder dejar de pensar en lo sucedido, se despidió de sus amigos, le dio un beso en los labios a su chico y se dirigió al *Mercedes* de su padre.

Poco después llegó el Porsche de la madre de Marine y todos se separaron. ¿Qué ocurrió realmente en la fiesta?

2

Que seas la más popular no quita que tengas problemas

<< El autobús llegó a casa de Alessia. Sin duda al padre de Sara le había costado una gran cantidad de dinero alquilarlo, pero para su familia eso no era problema. Estaban forrados.

Se encontraban enfrente de una enorme casa naranja, con el tejado violeta y rosales subiendo por las paredes.

De repente se abrió la puerta blanca. Era Alessia. Caminaba con elegancia por el camino de baldosas con sus mallas azules y una sudadera naranja en la que se podía leer las iniciales L.A.

Al final de la calzada, apoyado sobre la valla blanca, le esperaba su novio Josh, que enseñaba el resultado del gimnasio con una camiseta de tirantes azul grisáceo. Le dio un beso en los labios anaranjados de Alessia y subieron al autobús.

Cuando entraron, todo el mundo se calló.

El pasillo del autocar parecía un desfile de modelos. Alessia caminaba rítmicamente dejando ver sus perfectas piernas que se marcaban en las mallas. Las ondulaciones de su pelo botaban sobre su espalda, lo que la hacía guapa y sexy.

Sara vestía con unos shorts vaqueros claros y una camiseta blanca fina en la que se le trasparentaba el bikini azul marino.

Marine se hacía fotos con su cámara nueva de Canon de color champán, con su novio Alan. Sonreían ante ella y, al acabar, Marine se quedó mirando los ojos color miel de su novio. Le encantaban, y tocó sus labios finos con los suyos.

Emm estaba sentada en la primera fila hablando con Lisa Meikerdly sobre el episodio de Gossip Girl que habían echado la noche anterior en la Fox. Vestía con una camiseta de Banana Republic amarilla anudada bajo los pechos y unos vaqueros pitillo Levi's.

Alessia se sentó detrás del asiento de Sara. Estaba sobre el regazo de Daniel mientras se enrollaban. Cuando se dio cuenta de que Alessia les estaba mirando paró. Se sentía incomoda.

– ¿Has hecho lo de Mallory? – le preguntó elevando las cejas rubias a Sara.

– Sí, está todo listo...

– ¿Qué pasa con Mallory? – exigió saber Josh.

– Nada cariño... – le guiñó un ojo y se sentó, con una sonrisa plasmada sobre la cara mostrando sus preciosos y perfectos dientes blancos. >>

Hacía semanas que había ocurrido lo de Alessia y el instituto ya había comenzado.

La clase de inglés había acabado y todo el mundo en el aula estaba de pie.

Marine estaba sentada en su pupitre mientras se miraba en su espejo y se arreglaba el pelo. Ahora que Alessia había muerto se había convertido en la más popular y guapa del centro.

Había comenzado ya su último curso. Y tenía decidido que iba a estudiar: Psicología.

No venía ningún profesor así que decidió saltarse la última clase. Además, ahora tenía latín y le aburría mucho.

Se levantó de la silla, se colocó bien su estrecha minifalda de Hollister, y salió de la clase.

Se dirigió hacia su taquilla, que estaba decorada con fotos de ella y su novio.

Allí le esperaba su gran amiga Nathalie Hojo. Era de nacionalidad japonesa.

Anteriormente se llamaba Akane Hojo pero sus padres le habían dejado cambiarse el nombre si conservaba el apellido.

Llevaba puesto un peto azul claro de Abercrombie y una camiseta de manga corta rosa en el interior.

A pesar de que Marine y Nathalie siempre habían sido amigas, esta última nunca había estado en el grupo de Alessia. No soportaba a Sara. Hacía tiempo, cuando estaban en séptimo curso, se pelearon porque Sara se había liado con el ex novio de Nathalie al día siguiente de ellos romper. Se tiraron de los pelos y se habrían arrancado la cabellera si no fuera porque Alessia estaba allí para parar la pelea.

Marine introdujo la contraseña en la cabina y saco un post-it de color lavanda. Inmediatamente agarró un bolígrafo Bic negro que había tirado en el interior. Giró la cabeza para asegurarse de que no había nadie más que Nathalie en el corredor y comenzó a falsificar la letra de su padre:

*Autorizo a mi hija Marine
a no asistir a la última
clase, ya que tiene dentista.
Un saludo cordial, Cabe.*

No era la primera vez que falsificaba la firma de su padre. Cuando era más pequeña hizo pellas con ayuda de Alessia porque las últimas tres clases no les gustaban y les parecían aburridas. Pasaron la tarde en el centro comercial y viendo a los chicos de otro colegio jugando al fútbol.

A partir de entonces, lo hacían muy a menudo hasta que... Alessia murió.

Cuando terminó de falsear la caligrafía de su padre, dobló el papel y esperó a que la profesora Wanetta, la maestra de latín, apareciera.

En cuanto la señora Wanetta (o la señorita Rother Meyer, como la llamaban los alumnos) se presentó le entregó la nota y esperó su aprobación.

Ella frunció el ceño y afirmó con la cabeza, sin decir palabra.

Cuando entró en la sala, Marine esperó a que se sentara en su mesa y comenzara a dar la clase. En cuanto empezó, se largó corriendo de allí.

Una vez pasado el peligro, entrelazó su brazo con el de Nathalie y continuaron andando con paso firme y con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando salieron al aparcamiento principal del instituto, Nathalie sacó de su bolso rosa de MiuMiu unas llaves de coche. Apretó el botón verde y el pitido del vehículo sonó de entre todos los demás.

Una vez encontrado el Hummer amarillo entraron en él. Nathalie arrancó el coche y el motor hizo un ligero sonido. Miro hacia atrás por el retrovisor y salió del aparcacoches.

Marine no sabía conducir a pesar de que todos sus amigos sí y además tenían lujosos coches.

Tardaron siete minutos en llegar al centro comercial y, en cuanto Nathalie aparcó, salieron corriendo a disfrutar de las compras.

Entraron primero en Tommy Hilfiguer y comenzaron a mirar ropa. Cuando ya habían elegido doce prendas cada una se metió en el probador.

Nathalie salió de uno con un vestido verde esmeralda de un solo tirante. Dio una vuelta y la falda se le subió hasta la cintura mostrando sus muslos.

Marine fue después. Se quitó la camisa azul cielo y la falda y observó su cuerpo semidesnudo en el espejo. Cuando Alessia murió había engordado un par de kilos, pero con su dieta vegetariana había vuelto a su figura.

“Estoy muy buena”, pensó.

Inmediatamente se puso el atuendo y salió.

Era un vestido amarillo chillón de manga muy corta, la falda terminaba en las rodillas y en la cintura se recogían unos pliegues, por lo que resaltaba las curvas de Marine.

— ¡Perfecto! — gritó Nathalie a la vez que se llevaba las manos a las mejillas —. ¡Te queda estupendamente!

— ¿Tú crees? — arrugó la nariz —. No me termina de convencer... el amarillo es demasiado llamativo y... ni siquiera me queda bien este color.

— ¿Estás de broma? — se colocó un mechón oscuro sobre la cabeza que tenía sobre la cara —. El vestido es precioso y te sienta genial. Además, si yo fuera tu novio me encantaría vértelo puesto... pero más me gustaría quitártelo — añadió con una risita repelente.

Sin embargo, Marine no la oyó y decidió quitárselo y no comprarlo. Ese color le traía malos recuerdos. Cuando era una canija, estaba en el cumpleaños de Chris Benson, un amigo de su infancia, y llevaba puesto un vestidito rosa. En el convite había una tarta enorme de un extraño color amarillento y ella, para impresionar a Nathan Hale, el chico que le gustaba entonces, se posó sobre la mesa. Mala suerte para ella que la mesa estaba rota. La tarta cayó sobre el vestido como si fuera un proyectil. Quedó en ridículo y todos se rieron de ella. Todos excepto Alessia, que la observaba detenidamente sentada en una silla en forma de corazón. Aquella fue la primera vez que la vio, y desde entonces supo que iban a ser grandes amigas.

Salieron de la tienda y pasaron por un camino de baldosas rojas que había en el centro del pasillo del centro comercial.

— Oye Mar, ¿vas a ir a la fiesta? — preguntó Nathalie sacando los labios hacia fuera.

– ¿La fiesta? ¿Qué fiesta?

– ¡La fiesta de Las estrellas! – suspiró –. ¡¿Cómo no te has enterado?!

En verdad sí que lo sabía, aunque se le había olvidado. Bueno, más bien, lo había querido eliminar de su mente. Iba a ir Alessia. Marine miró hacia abajo con el rostro triste.

– Sé lo mucho que te duele haber perdido un amiga... – le colocó la mano sobre el hombro con la cara apenada –, pero debes continuar con tu vida. Y qué mejor que una fiesta para animarse.

– Tienes razón – zarandeó la cabeza para quitarse la imagen de su amiga de la cabeza.

– Y, por cierto, ¿lo has hecho ya con tu novio?

– ¿Hacer el qué? – frunció el ceño.

– A ver, Dora la Exploradora, me refiero al sexo – enarcó una ceja mientras miraba al techo.

– ¡¿Qué?! – saltó Marine.

Marine quería mucho a Alan, pero no se podía imaginar tener sexo con él. La mera idea le asustaba, ¿o no estaba tan enamorada como ella creía?

– No... aún no lo he hecho... – carraspeó para aclararse la voz.

– Pues date prisa. Los hombres solo se consiguen follando. Yo de ti no tardaría mucho, u otra chica se adelantará.

– No digas tonterías...

– No son tonterías. Mira, aquí tienes para cuando llegue la “ocasión”.

Nada más terminar ya estaba abriendo el bolso. Al ver lo que sacó, Marine se sobresaltó. Era un condón en una envoltura azul plateado.

– ¡Aquí no saques esto! – susurró mientras lo tapaba con las manos.

– No me seas tiquismiquis...

Pararon a descansar en la cafetería The grove y se comieron una ensalada cada una. Tras quince minutos de parloteo, se levantaron y continuaron con las compras.

Entraron en el establecimiento de Chanel y siguieron probándose atuendos.

Entonces Marine lo vio. El mejor vestido que había visto en su vida. Fue directo a probárselo y le quedaba muy bien, mejor que la basura de traje amarillo chillón.

Cuando se lo puso se quedó mirando en el cristal. Era de palabra de honor rosa y la falda era de campana de terciopelo. Llegaba hasta encima de la rodilla.

Estaba decidida. Lo iba a comprar costase lo que costase. Además le hacía los pechos más turgentes y eso le fascinaba, ya que era algo con lo que nunca había podido competir con Alessia.

Fue a la caja registradora y le entregó la tarjeta de crédito que le habían regalado sus padres en su anterior cumpleaños.

Nathalie y Marine salieron rápidamente de la tienda. Tenían que volver a sus casas o sus padres sospecharían.

El vestido estaba mal doblado así que lo sacó y lo plegó mejor. Entonces cayó una nota al suelo. Se agachó, asegurándose de que no se le veía nada, y la cogió. Había algo escrito. La felicidad se transformó en miedo:

¡Enhorabuena Marine! Ahora eres la más popular, pero ¿qué te ocurriría si le contara a todo el mundo lo que hiciste en la fiesta?

Tragó saliva. Alguien sabía lo que había hecho. Un escalofrío le recorrió toda la columna y se quedó paralizada.

¿Quién había escrito aquella nota?

3

Y parecía tonta...

El sol entraba por la cristalera de la entrada mostrando sus coloridos reflejos en el suelo de parquet.

El verano estaba acabando y ya hacía un mes de su muerte.

Emm no había ido al instituto desde hacía más de tres semanas. Se había pasado los días en su cuarto llorando y escuchando tristes baladas. Únicamente salía de su habitación para comer (aunque a duras penas) y ducharse, aunque estos últimos días no se había bañado ni una sola vez.

Sin embargo, Emm no estaba dispuesta a sufrir más por eso o el secreto que escondía podría terminar por derrumbarle.

Se levantó de la cama y se limpió las lágrimas que le caían sobre las mejillas.

Solo vestía con una camiseta de tirantes blanca semitransparente y unas braguitas de Calvin Klein negras.

Abrió la puerta lentamente y asomó la cabeza para comprobar que sus padres no estaban y que no vieran el estado lamentable en el que se encontraba.

Salió de puntillas de la habitación raudamente y se metió en el aseo. Cerró la puerta con pestillo y comenzó a desnudarse.

Se observó fijamente en el espejo. Estaba muy flaca y se le marcaban los huesos de la cadera y los del omóplato. Bajo sus ojos había una enorme cortina morada. Se le señalizaban las ojeras por la falta de sueño. Hacía días que no dormía bien.

Abrió el grifo y se metió dentro de la bañera.

El agua estaba congelada pero no le importaba, es más, le encantaba la sensación del agua fresca sobre su espalda. Cogió una esponja, la llenó de jabón y empezó a limpiarse. Olía a grosellas.

Salió de la ducha empapada. Había estado casi una hora dentro de ella. Cogió una toalla y comenzó a secarse.

No estaba dispuesta a que su vida cambiara por un misterio que había querido guardar.

Salió del cuarto de baño con la toalla envolviéndole el cuerpo y se dirigió a su habitación. Abrió el armario y sacó una camiseta de manga por el codo de Lucky Brand de color naranja pálido y mallas grises de Banana Republic.

Se vistió y cogió un casco y una fusta que había en un cajoncillo bajo el ropero.

Hacía años que Emm iba a la hípica pero desde el incidente no había aparecido allí ni una sola vez. ¿Se acordarían aún de ella?

Bajó las escaleras con el caso entre los brazos. Cuando llegó abajo escuchó un ruido.

Había alguien en casa.

Avanzó lentamente levantando los talones del suelo para no hacer ruido.

Fuera quien fuera, se estaba acercando cada vez más...

— ¡Hola Emerald! —su madre apareció con unos informes en la mano guardados en una funda verde. Llevaba puesto una falda de D&G y una camisa de la misma marca.

– ¡Ah! – Emm dio un respingo.

Se le hacía raro que alguien le dijera Emerald. Estaba acostumbrada a que la llamaran por su abreviatura. Solo su madre la llamaba así.

– ¡Que susto me has dado, mamá!

– ¿Y eso? Parece que tengas algo que esconder – dijo llevando la crónica a la cocina.

Emm miró al suelo. Estaba tan tensa que cada vez que alguien decía algo parecido a lo que había dicho su madre deseaba nunca haber hecho lo que hizo en acampada.

– No tengo nada que esconder, mama – suspiró—. Me voy a montar. No tardaré en volver. ¡Adiós!

Salió tan rápido como le permitían sus demacradas piernas.

Sacó de su bolso las llaves del coche y se dirigió al garaje trasero de su casa.

Abrió la puerta de su Land Rover verde y se metió en él.

Acababa de salir de su casa y ya estaba agotada. Apoyó la cabeza en el respaldo de cuero, inspiró profundamente y cerró los ojos. Tras un instante de calma, los abrió, introdujo la llave para arrancar y partió hacia la escuela de equitación.

Aparcó el vehículo entre dos almendros y salió de él.

Una brisa le revolvió el cabello aún húmedo por la ducha. Olía a pino y... a excremento de caballo. Emm no recordaba lo fuerte que era el hedor de ese abono natural.

Mientras andaba por el corredor del establo, alguien apareció por detrás. Era Galton Dillaure, su monitor. Cuando era más joven estaba locamente enamorada de él.

Galton le dio la silla de montar y las bridas. Con su ayuda Emm subió al caballo. Se sentía extraña encima del animal; hacía tanto tiempo que no montaba...

Enseguida se acostumbró y comenzó a trotar sobre la tierra blanda. El trotón levantó el polvo del suelo. Emm daba saltitos encima de él sin importarle el dolor que sentía en el pie por su mala postura en las riendas.

Tras un rato de trote, el corcel inició el galope.

El cabello que sobresalía del casco se movía con el viento.

Le encantaba cabalgar. Era como si se alejara de todo y pudiera estar sola y poder reflexionar.

Ese sentimiento se acabó cuando alguien le distrajo.

Era Liam Lauper.

Llevaba colada por él desde hace unos años, pero nunca se había atrevido a pedirle salir.

Sus ojos verdes relucían a la cálida luz del sol y su pelo rubio ceniza brillaba de forma espectacular.

Su corazón se le aceleró y la respiración era entrecortada. Nunca había sentido nada igual por nadie. Ni por Jason Dolly, su novio de cuando tenía quince años, que según ella iba a ser el definitivo y se iba a casar con él. A los pocos días rompieron porque Jason se había enamorado de Alessia. Desde entonces, sintió algo muy fuerte hacia ella. No odio sino... adoración.

Emm le miraba tan fijamente que no se dio cuenta de que el arnés del caballo se había soltado. Cuando cayó al suelo la bestia relinchó y levantó las dos patas delanteras tirándola a la embarrada tierra.

Se había hecho daño. Mucho daño. Pero eso no le importaba ahora. Había hecho el ridículo delante de él.

Liam fue corriendo a ayudarla y la levantó de la cintura. A lo mejor no había sido tan malo caerse del suelo.

Se incorporó y no pudo evitar mirar hacia el suelo avergonzada.

– ¿Estás bien, Emm? – sus ojos estaban clavados en los suyos.

– Mmm... Sí, gracias – no se lo podía creer. Se sabía su nombre.

– ¿Seguro? El golpe ha sido bastante fuerte – insistió.

– De verdad, estoy perfectamente.

– No me quedo muy tranquilo. Me sentiría más calmado si pudieras darme tu número de móvil para llamarte y... poder salir – estaba un tanto nervioso.

– Ah... Mmm... ¡Claro! – tenía que ser un sueño. El chico por el cual estaba colada hacía ya años le estaba tirando los tejos.

– ¡No te sientas intimidada! No sería una cita; bueno, sí, pero no una cita cita. Es solo para saber si estás bien.

– ¡Por supuesto! – sacó su Samsung y se lo dio.

Cuando Liam se marchó, dio un pequeño saltito de alegría. Su corazón le iba a mil por hora.

Comenzó a andar. A pesar de lo que le había dicho, se había hecho una herida en el brazo y le salía sangre de ella.

Algo la detuvo. Había en el suelo una nota plegada llena de barro. Se agachó y la leyó para ella:

Puede que con esa apariencia de mosquita muerta engañes a alguien, pero a mí no me puedes mentir.

Sé lo que hiciste y lo pienso contar.

La sensación de pánico y angustia regresaba. Su respiración era fuerte e intermitente. Alguien sabía lo que había hecho.

4

Vigila quien abre las taquillas

<< El autobús paró. La puerta crujió y se abrió.

Había sido un viaje muy largo. Tres horas y media de trayecto. Llegaron al atardecer. El cielo estaba precioso, se había teñido de un color rosáceo.

Estaban en Cherry Hills Village, Colorado. El crepúsculo hacia que el bosque que les rodeaba fuera siniestro pero a la vez hermoso. Había pequeñas casitas de madera alrededor de la vegetación. Cada una de un tono diferente.

Todo aquel terreno pertenecía a Nathan Bloom, un chico de veintitrés que a final de cada curso organizaba una fiesta en el camping de sus padres. Su objetivo: atraer chicas guapas y jóvenes... y lo había conseguido.

Marine fue la primera en salir del vehículo, agarrada a Alan.

— ¡Marine! — Nathalie ya había llegado. Vestía con unos jeans cortos de Hollister a juego con una camisa abierta que dejaba ver la parte superior de su bañador de GAP violeta.

Estaba con su novio Paul no-se-qué (había estado con tantos chicos que era imposible recordar sus nombres).

Nathan y los demás estaban preparándolo todo para la fiesta que comenzaría aquella misma noche. Siempre organizaban una al empezar la acampada.

Al caer la noche la fiesta ya había empezado. Había una enorme hoguera, alcohol, música,...

Sara bailaba al son de la música. Llevaba el pelo ligeramente hacia atrás, detrás de las orejas y el extremo del cabello sobre los hombros. Lucía unos shorts de Tommy Hilfiguer y una camiseta de tirantes sutilmente transparente atada a la cintura.

— ¡Dangerous! — cantaba Marine. Estaba borracha —. I've got a fire bird inside me.

Vestía unos pequeños pantaloncitos y un top corto que dejaba ver su ombligo. Sujetaba en la mano un vaso con cerveza que no paraba de derramarse por el movimiento del brazo.

Emm estaba bailando junto a Sean y Lima, una chica de las clases de equitación. Iba ataviada con una camiseta marinera ancha y unos vaqueros cortos. Se había adornado el cabello negro con unas pequeñas extensiones de plumas. En la mano tenía una botellita de Coca-Cola. Odiaba el alcohol.

La cabellera de Sara se coloreaba de un tono rojizo a la luz de la pira, cosa que le encantaba. Pero no tenía que hacer contra Alessia.

Llevaba puesto un corto vestido de Ralph Lauren de palabra de honor. No llevaba puesto nada bajo el vestido, excepto el bikini, que se le podía ver si se colocaba a trasluz en la fogata. Bailoteaba alrededor de la hoguera y su cabello, teñido de un color anaranjado, se movía con agilidad por el aire.

Alessia llamó a Sara.

La canción termino y comenzó otra, la favorita de Sara: Electro-shock.

– I feel an electro-shock in my heart when you kiss my lips – tarareaba.

Se ocultaron de las demás personas tras una de las casitas de madera.

– ¿Cuándo va a venir Mallory? – pregunto muy seria Alessia. Inmediatamente se sacó de la parte superior del bikini una cajetilla de cigarros y un mechero. Lo encendió y le ofreció una calada a Sara

– Mañana por la mañana ya debería haber llegado – Sara lo rechazó. Odiaba en olor de los habanos.

– Estupendo – expulsó de la nariz el humo con una ceja arqueada.

– Pero, ¿qué le vas a hacer? No le ocurrirá nada, ¿verdad?

– No... qué va. Solo la asustaremos para divertirnos.

Alessia y Mallory se llevaban mal desde que Mallory (o culo fofo, como ella la llamaba) se rió de ella en medio de la clase porque le había venido la regla. Ella podría haberlo dejado pasar pero no era de esa clase de personas... así que decidió vengarse.

Sara dio un sorbo de su vaso de ron y se marchó, preocupada por las palabras de Alessia. Estaba convencida de que aquello iba a terminar muy mal... >>

Sean cayó en la colchoneta. Se quitó el casco y se limpió el sudor de la frente. Respiraba entrecortadamente. Hacía tiempo que no entrenaba al fútbol y había perdido facultades.

Falcon McGowan le cedió la mano para ayudarlo a levantarse y él la acepto.

Estaba agotado. Las hombreras le pesaban y notaba una fuerte presión en el pecho. ¿Le faltaba entrenamiento o el secreto que guardaba le impedía concentrarse?

– ¡Equipo! – gritaba Holden Collins, el capitán de la pandilla. Se reunieron en círculo –. El partido oficial es dentro de cuatro semanas, justo después de la fiesta de Las estrellas, y tenemos que concentrarnos. Sobre todo tú, Sean – le lanzó una mirada frustrante.

Sean se alejó del corrillo y se puso a ejercitarse duramente. Aquel comentario le había sentado mal. Antes él era el mejor...

Agarró la ovalada pelota y la lanzó contra los pilares del marcador para probar su fuerza. Ni siquiera se acercó.

Después de la muerte de Alessia había dejado de entrenar. Aunque le gustaba estar célibe, sentía una gran atracción hacia ella.

Cogió unas pesas del césped y las levantó. Pesaban más de lo habitual.

Alguien lo miraba. Era Selena Stunt, la oficial del equipo de animadoras, que le hacía ojitos desde las gradas.

Selena era muy guapa, pero era nada comparada con Alessia.

El entrenador hizo sonar el silbato y ordenó a sus jugadores que se metieran en el vestuario.

El suelo estaba muy sucio, lleno de huellas de las deportivas.

Abrió su mochila y sacó una toalla y el jabón y comenzó a desnudarse, al igual que el resto de sus compañeros. Se enrolló el paño sobre la cintura desnuda y se metió en las duchas.

El agua estaba ardiendo.

Cuando acabó salió de ella, se secó y se puso unos calzoncillos limpios.

—Oye Sean, ¿vas a ir a la fiesta de Las estrellas? —le preguntó Symon Scott, la defensa del equipo.

—No lo sé... —dijo sacando una camiseta roja de Adidas. Aún no se había vestido—. No tengo a nadie con quien ir. ¿Y tú?

—Sí —una sonrisa se le dibujo en la cara—. Iré con Nathalie.

“¡Otro novio!”, pensó. “Con este ya van 58”. Cuando Alessia estaba viva, siempre jugaban a contar con cuantos novios había estado Nathalie.

Symon se marchó dándole una palmadita en la espalda, aún descubierta, dejándole solo en el vestuario.

Cuando se terminó de arreglar se dirigió a su taquilla para dejar las deportivas Nike allí.

Introdujo la clave y se abrió. Un papel cayó ligeramente hasta llegar al suelo.

Era una fotografía con una frase gravada en rojo en ella.

Se llevó la mano a la boca. Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Volvió a mirar la imagen. No se lo podía creer. Observó detenidamente la escritura para ver si le sonaba la letra:

¿Por qué lo hiciste?

La rabia se apoderó de él. Arrugó el retrato y lo guardó en la mochila. Después salió con paso firme, aunque le temblaba la mano.

¿Quién había metido la foto en su taquilla? ¿Qué había en la imagen?

5

Horrible secreto oculto bajo una preciosa mirada

Apoyó la espalda sobre el respaldo de abeto rojo hecho a medida de la cama. Se recogió el pelo caoba y se hizo una coleta. Un mechón le cayó sobre la cara; comenzó a jugar con él.

Leía detenidamente el libro *Lolita* que Alessia le había dejado tiempo atrás, pero que nunca pudo devolver. Sara siempre leía cuando estaba preocupada.

Cansada, cerró el tomo y metió su dedo pulgar dentro de él. Dejó caer la cabeza sobre el espaldar e inmediatamente se tumbó sobre el lecho.

Ajedrez, su gato, se acercó con elegancia hacia la litera y pegó un brinco hasta la cama. Era delgado y su cuerpo blanco estaba cubierto de manchas negras (de ahí su nombre). Rápidamente se aposentó sobre el abdomen extendido de Sara.

Sara empezó a observarle. La luz que entraba por la ventana rebotaba en sus ojos tornándolos de un color verde pálido precioso. Siempre le habían gustado los luceros de su gato.

Ajedrez inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, extrañado.

Sara agarró al minino y se levantó mientras le acariciaba entre las orejas.

Sabía que lo que le había ocurrido a Mallory era por su culpa, pero no estaba dispuesta a que ese peso impidiera que continuara con su vida.

Dejó a Ajedrez en el entarimado y abrió su enorme armario de madera de castaño. La fiesta de Las estrellas sería dentro de menos de un mes y no tenía nada para ponerse. Todos sus vestidos (que eran pocos, ya que no le gustaba llevar vestido) se los había puesto muchas veces y quería ir a comprarse otro.

Asió una percha y se vistió con los trapos que había en ella.

Se miró al espejo. Se había puesto un vestidito corto blanco de encaje de Hollister, una camisa vaquera abierta arremangada de Abercrombie, un cinturón marrón de piel, amarrado a la cintura pasando por encima de las dos prendas, de Bass y unos botines de cuero castaños de la misma marca.

Abrió la cajita que había en su mesilla de noche y sacó unas pequeñas pulseras y un collar que tenía forma de corazón hecho de palo. También sacó su monedero de Tommy Hilfiguer, en el cual estaba la tarjeta de crédito que sus padres le habían regalado días atrás por haber sacado una matrícula de honor en matemáticas y lengua.

Se deshizo de la coleta y revolvió su cabello. Tomó un brillo de labios y se los embetunó.

Bajó las escaleras con el bolso de Liz Claiborne enganchado al hombro.

Su madre estaba en el salón. Sara la saludó pero ella no dijo nada. Estaba demasiado concentrada en unos documentos que tenía sobre la mesa.

Salió del domicilio con un paso firme y una sonrisa plasmada en la cara.

La parcela de su casa era tan grande que ocupaba más de cuatro manzanas. Atravesó el enorme jardín y se dirigió hacia su garaje privado.

Entró y su padre, que acababa de dejar su Ford, se dirigió hacia ella. Le dio un beso en la mejilla e hizo una mueca de alegría.

Sara sabía lo que significaba ese gesto. Se sentía orgulloso de que, a pesar de la muerte de su mejor amiga, su hija continuaba con su vida. Y es que esa era la primera vez que salía de su casa desde lo ocurrido, ya que, como no le gustaba mostrar sus sentimientos en público, necesitaba desahogarse en algún lugar donde nadie la viera.

Se despidió de él y se dirigió a su coche.

Abrió la puerta de su Mini rojo, pero paró un instante, mirando el techo del vehículo. Había grabado sobre él la bandera de los Estados Unidos. Alessia la había convencido para que se lo dibujara meses atrás.

Agitó la cabeza y se metió dentro de él. Inmediatamente, arrancó y salió del aparcamiento.

Llegó al centro comercial en poco tiempo. Había corrido bastante porque se le había hecho tarde.

Sacó las llaves de la cerradura y se miró en el retrovisor para ponerse bien el pelo.

Salió del coche y cerró la puerta.

Se paró un instante. Alguien la estaba mirando. Unos veinte coches más lejos se encontraba el inspector Edison, observándola. Llevaba una americana negra y unos vaqueros oscuros. Sujetaba una pequeña libreta en la que no paraba de escribir. Sara se dio la vuelta rápidamente, suspiró y comenzó a andar con una sonrisa en la cara.

Se sentó en la silla de la terraza de su cafetería favorita, Le Dardve. Agarró la taza de té y le dio un sorbo. Había estado más de dos horas buscando vestidos y ninguno la había convencido. Una vez terminada la infusión, dejó el dinero en la mesita y se levantó.

Entró a Burberry para mirar más trajes. Había decidido que si no le gustaba nada de esta tienda se iría del centro comercial a buscar suerte.

Encontró un atavío corto de una sola manga. Era dorado con adornos negros de terciopelo. Aunque no era de su estilo decidió darle una oportunidad.

Entró al vestidor, se sacó la ropa y se lo colocó. Se miró fijamente en el espejo. Sin duda al maniquí le quedaba mucho mejor. Inmediatamente se lo quitó y salió.

Encontró otro vestido, esta vez mucho más sencillo. Era de pequeños tirantes y de un color azul apagado.

Decidió probárselo, aunque no le quedaba tan bien como ella pensaba. Le hacía extremadamente delgada.

Enfadada, fue a buscar otro.

Esto le recordaba a Alessia. Cuando eran más pequeñas iban seguido de compras y a ligar. Sara siempre terminaba enfadada por que todos los vestidos le quedaban mejor a ella y siempre se llevaba a los chicos más guapos.

No pudo evitar esbozar una sonrisa. La echaba de menos.

Agitó la cabeza para volver a la realidad y agarró el primer traje que vio. Necesitaba distraerse.

Se miró en el espejo. No le quedaba nada mal, pero era demasiado provocativo. Era rojo con brillantes y con la espalda al aire. Negó con la cabeza y se lo quitó.

Cansada se dio por vencida hasta que apareció ante ella el vestido de sus sueños. Era de tubo corto y de encaje blanco. Le encantaba el encaje.

Se lo probó tan rápido como pudo.

Era perfecto. Le hacía delgada y, gracias al relleno de éste, sus pechos parecían más grandes.

Miró el precio del vestido. "\$1059", pensó. No le importaba cuánto costara, tenía que ser suyo.

Se lo dio a la dependienta y sacó la tarjeta de crédito para pagar.

Salió de la tienda y miró su reloj de Guess. Eran las nueve y media. Tras eso, se alejó de la tienda tan rápido como pudo.

Llegó al aparcamiento exterior y se metió en su coche. Introdujo la llave en la cerradura y se detuvo. Alguien volvía a observarla. Pero esta vez no era el inspector. Se encontraba dos vehículos más lejos, dentro de otro coche.

Tragó saliva y arrancó. Urgentemente, se marchó.

Llegó a su casa y dejó las bolsas sobre la cama. Ajedrez apareció para saludarla y ella le acarició la cabeza suavemente hasta que algo le llamó la atención. Su ordenador parpadeaba.

Se quitó al gato de encima y se sentó enfrente del ordenador. Tenía un nuevo e-mail.

Arrastró el ratón hacia un pequeño cuadrado violeta que indicaba la llegada del nuevo mensaje e hizo doble clic. Frunció el ceño al leer el mensaje:

Se lo que habéis hecho y pagareis por ello ;)

Se levantó de la silla tirándola al suelo y miró por la ventana. No había nadie. Apretó los dientes tan fuerte que se hizo daño. No tenía miedo, pero estaba muy enfadada. ¿Era eso una broma? Lo fuera o no, Sara tenía algo muy claro. Pensaba averiguar quien era, costase lo que costase.

6

Lo guardaré hasta la tumba

Daniel cerró la taquilla del vestuario y se colgó la mochila en el hombro. Desde hacía meses, Daniel había entrado en el equipo de baloncesto del instituto, justo antes de la muerte de Alessia.

Llevaba puesto unos pantalones vaqueros desgastados un poco ajustados y una camiseta oscura en la que se podía leer Super Bowl en blanco.

Salió del vestidor y se dirigió al patio interior de la escuela. La luz del sol hacia que la sombra de los pinos ocupara la mayor parte del jardín.

Puso su mano sobre la frente y miró al cielo de manera que el Sol no le molestara.

El cielo estaba totalmente despejado.

Volvió a agachar la cabeza y miró su mochila. Hubo un momento de reflexión, pero finalmente introdujo la mano en ella.

Sacó una cajetilla de cigarrillos y un mechero que tenía grabado un águila imperial.

Lo encendió y se lo metió en la boca; dio una calada. Disfrutó de la sensación del humo en sus fauces y luego expulsó la nube de ella.

Continuó andando hasta llegar al pasillo. A pesar de estar dentro de la escuela continuaba fumando, sin importar que un profesor le viera.

Llegó al aparcamiento y sacó las llaves de su coche del bolsillo; apretó el botón de éstas y abrió su Audi negro. Dejó la bolsa en la parte trasera, se acomodó en el asiento de cuero y arrancó el vehículo.

Sabía que estaba mal fumar mientras conducía, pero lo necesitaba. Desde la muerte de Alessia no se había fumado ningún cigarrillo y esto era lo único que le relajaba.

Al cabo de un rato llegó a su casa. Sus padres no estaban forrados pero tenían suficiente dinero como para permitirse un par de caprichos.

Su morada no era nada grande, pero era preciosa. Parecía la típica casita inglesa, con su tejado de color oscuro y las paredes de un color azul celeste.

Aparcó el coche en el garaje, y se percató de que el coche de su hermana Naomi también estaba allí.

Sobre su rostro apareció una sonrisa que le ocupó media cara.

Su hermana era la persona que más quería en el mundo, y, puesto que había estado de fuera del país por motivos de estudio, el sentimiento era mayor.

Entró por la puerta principal y allí estaba ella, junto a sus padres que sonreían abrazando a su hija.

Daniel se abalanzó sobre ella, colocando sus brazos alrededor de su tronco y comenzó a darle pequeños besitos en las mejillas.

– ¡Te he echado muchísimo de menos! – gritó Daniel, enrojecido de la emoción.

– ¡Yo también te he echado de menos, Danny! – masculló Naomi. Desde que eran pequeños, como ella era la mayor, siempre le había llamado de esa forma.

– ¿Qué tal tu viaje por Australia? – había estado allí casi dos años porque estaba estudiando biología.

– ¡Genial! – se rió ella –. Cuando vuelva para retomar mis estudios tendrás que venirte conmigo.

– Eso me encantaría.

– Bueno, os dejamos a solas que seguro que tenéis mucho que hablar – dijo Coraline, la madre de Daniel –. Nosotros tenemos que irnos al banco – sonrió y agarró a Tom, su marido, y salió del domicilio.

– Bueno, Naomi, ¿quieres que te prepare mi especial chocolate con nubes? – preguntó sonriente dirigiéndose a la isla de la cocina.

Hubo mucho silencio y eso no le gustó a Daniel. Se giró rápidamente hacia su hermana. Ya no estaba alegre y le miraba con cara de disgusto.

– ¿Qué te pasa Naomi? – se empezó a preocupar.

Ella no contestó; apartó la mirada. Su respiración era más acelerada.

– ¿Por qué lo hiciste? – le cuestionó ella, aún con los ojos puestos en el lado contrario a él.

Un temblor le recorrió la espalda y dio un respingo. No se podía creer lo que acababa de escuchar. Su frente se llenó de sudor y sus ojos no sabían dónde mirar. Tragó saliva.

– ¿Qué... qué quieres decir con esto? – le temblaba el labio.

– Sabes perfectamente de qué hablo – seguidamente intentó marcharse pero algo se lo impidió.

Daniel había alargado el brazo y la había agarrado fuertemente por la muñeca, hasta el punto de hacerle daño.

– ¡¿Qué es lo que sabes?! – jadeó.

Naomi se asustó. Nunca había visto a su hermano pequeño de esa forma.

– ¡¿Quién te lo ha dicho?! – oprimió más fuerte aun la muñeca de su allegada.

– Solo lo sé – apartó su extremidad tan rápida como pudo y se largó de allí.

Daniel golpeó la encimera con el puño y sus huesos crujieron. Se había hecho daño.

Giró el cuello hacia todos los lados; le costaba respirar.

De pronto, su móvil comenzó a sonar. Era una llamada.

Daniel se calmó y lo cogió, con las manos temblorosas.

– ¿Diga? – su voz era ronca y fría.

– Tu hermana ya lo sabe... ¿Qué pasaría si tus amigos se enteran de lo que hiciste? – y la llamada finalizó.

Daniel no aguantaba más. Aquella voz estaba distorsionada. Necesitaba sentarse.

¿Quién lo había llamado?

7

Cobarde

Emm se encontraba en la clase de filosofía con la aburrida explicación y voz monótona del profesor Rimstom.

Sacó un lápiz de su femenino estuche de Tous y empezó a escribir en su libreta las palabras lentas y rítmicas que fluían de la delgada boca del maestro.

Lucía una fina camiseta amarillo pálido y una corta falda vaquera grisácea a juego con unas bailarinas grises.

De repente, el timbre sonó y Emm suspiró. Se llevó la mano al pelo y colocó un mechón oscuro detrás de la oreja y rápidamente guardó los libros en la bandolera. Odiaba esa clase.

Se dirigió hacia su taquilla; metió la combinación y guardó los libros en ella.

La cerró y soltó un gritito. Sean había aparecido de la nada detrás de ella.

Vestía con una camiseta gris que llevaba dibujada la bandera de Reino Unido y unos pantalones azules oscuro.

– Ayer intenté llamarte pero no lo cogías – comenzó Sean.

– Es que... – Emm sonrió y se mordió el labio – estuve hablando con alguien – empezaron a andar por el pasillo entre el gentío.

– ¡Oh! – Sean abrió los ojos como platos – ¿Alguien especial?

– Puede que sí... o puede que no – Emm alzó los hombros.

– Tengo que enseñarte una cosa... – Sean se puso serio y la agarró del antebrazo para llevarla a otro lugar más privado.

– ¿Qué ocurre? – Emm frunció el ceño.

Sean abrió la mochila de Reebok y sacó la fotografía arrugada que había encontrado días atrás.

– Hace dos días encontré esto en mi taquilla...

Emm comenzó a sudar. No podía creer lo que era. Abrió la boca para decir algo pero se le habían trabado las palabras. Situó su mano sobre los labios.

– Yo también recibí una amenaza hace unos días – por fin pudo pronunciar los vocablos. Introdujo sus dedos en el bolsillo de la falda y sacó la nota que halló en el establo. Aún tenía tierra.

Sean la leyó varias veces para intentar deducir de quién era la letra escrita, pero fue en vano.

Se miraron directamente a los ojos, preocupados.

– ¿Crees que los demás también habrán recibido mensajes? – preguntó Sean aún con el papel en la palma de la mano.

Emm no respondió. Solo se quedó mirando por la ventana a los árboles del jardín exterior, pensativa...

Daniel dio una calada al cigarrillo que tenía entre los dedos y entrecerró los ojos, disfrutando de su sabor. Expulsó el humo lentamente y permaneció quieto observando cómo desaparecía.

De pronto escuchó su nombre y volvió en sí. Era Sara, que se acercaba a él.

Llevaba puesto un vestido corto azul marino con detalles florales y unos pequeños tacones de cuero marrón oscuro.

Se apoyó en él agarrándose al polo verde y le plantó un beso. Daniel deslizó su mano hacia el trasero de esta, pero inmediatamente, aún sin despegar los labios de los suyos, Sara la apartó y la colocó por encima de la cintura.

Ella comenzó a toser y tapó las fauces con sus manos.

— ¡Has estado fumando?! — gritó Sara arrugando el ceño—. Sabes que lo detesto.

— No te enfades cariño, solo ha sido un pitillo de nada... — Daniel puso cara de cachorrito.

— Pero me prometiste que lo ibas a dejar... por mí — resopló Sara.

— Está bien... esta vez te prometo que lo dejaré — mintió.

Sara volvió a besuquear a su novio, cariñosamente.

— ¿Sabes ya que vas a ponerte en la fiesta de Las estrellas? — sonrió Sara mirando los azules ojos de Daniel.

— La verdad es que... no — respondió. Se le había olvidado por completo.

— Bueno, no te preocupes. Mañana si quieres vamos y lo elegimos juntos, para poder ir a juego.

— De acuerdo — sonrió.

Tras eso, el móvil de Sean sonó y este se asustó.

— ¿No lo vas a coger? — le cuestionó Sara.

Daniel no contestó. Se sentía agobiado. No sabía qué hacer, si coger el teléfono o no.

— Ayer alguien me llamó, diciéndome que... que sabía cosas, cosas que nadie más conoce.

Sara no respondió pero su rostro expresaba rabia.

— Yo también he sido amenazada. Con un email — tenía el puño cerrado y apretó tanto que se hizo sangre en la palma de la mano.

— ¿Me estás diciendo que todos hemos sido... — Marine carraspeó — amenazados? — ninguno de sus compañeros respondió.

Marine vestía con una camiseta larga de rayas blancas y azul oscuro y una minifalda rosa de Lacoste. También calzaba unos zapatos de tacón de color oscuro y un sombrero del mismo color que la falda.

— Pues yo no sé vosotros, pero no pienso permitir que ningún... gilipollas me amargue la vida — y tras eso se levantó y observó a Sara. Estaba muy tensa y respiraba fuertemente.

— Toma. Lo necesitas más que yo — Marine sumergió la mano en su enorme bolso opaco y extrajo un pequeño frasco de metal que contenía vodka.

Sara se lo pensó dos veces, pero finalmente lo aceptó sin decir palabra y comenzó a beber sin importarle que la gente pudiera verla.

Sus amigos se quedaron mirándola, atónitos.

Sara vació el recipiente y se lo devolvió a su amiga. Le ardía la garganta y no le había sentado nada bien. Comenzó a marearse y se sentó en el banco con la ayuda de su novio.

— Vaya... sí que lo necesitabas — Marine no podía parar de ojear su receptáculo que antes estaba completamente lleno — . Bueno chicos, me marchó. Necesito un café para poder relajarme — suspiró y se marchó. Volvió a meter el frasco en su bolso y se percató de que aún tenía la nota que había encontrado dos días atrás. Se dirigió hacia la papelería, cabreada, y la tiró a ella.

De pronto, Marine se dio cuenta de algo... extraño. La nota que había lanzado a la basura no era la que había encontrado en el centro comercial.

La recogió y la desplegó; empezó a leer:

Eres una cobarde, zorra. ¿Por qué no les cuentas ese terrible secreto que escondes?

Marine abrió los ojos y la boca, pero se la tapó para no gritar. Comenzó a mirar hacia todos lados, pero nadie la miraba. Alguien había metido en su bolsa aquel papel. Lo que más le asustaba era que durante todo el día no se había separado de él... Había tenido al culpable de las amenazas delante de la cara, y no se había dado cuenta...

8

Terribles noticias

Sara abrió su Mini y se introdujo en él. Estaba confundida y agotada. No se podía creer lo que le estaba sucediendo, que por culpa del secreto de Mallory su vida pudiera arruinarse para siempre.

Arrancó el coche y salió del instituto. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes.

Aparcó el vehículo en el garaje, salió de él y se dirigió hacia el enorme jardín de su vivienda.

La luz del Sol atravesaba las ramas del roble que había plantado en frente de la casa de la familia de Sara.

Caminaba por las baldosas con un paso firme hasta que llegó a la puerta de su morada. Entró silenciosamente.

Dejó la mochila sobre la mesa y se sentó en el sofá color blanco de la sala de estar. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; se hundió en sus pensamientos... pero algo la distrajo.

Se escuchaban pasos que provenían de la cocina...

Sara se levantó rápidamente.

Cualquier otra persona se habría escondido, pero Sara no tenía ningún miedo.

Miró hacia la mesa y observó que al lado de su mochila se encontraba la estatuilla de metal con forma de ángel de su padre. Se abalanzó para cogerlo y se colocó al lado de la puerta, con la pesada figura en la mano.

Las zancadas se escuchaban cada vez más cerca...

Ella apretó con fuerza la escultura y cerró los ojos.

De pronto, alguien se asomó por la puerta pero no le dio tiempo a entrar. Sara se había tirado encima de él y le había golpeado la cabeza.

Inmediatamente, Sara abrió los párpados y se llevó la mano a los labios para no gritar.

Aquel ente era su hermano Hale.

— ¡¿Pero qué estás haciendo?! — gritó Sara con el ceño fruncido.

— ¡No, ¿qué estás haciendo tú?! — Hale se llevó la mano a la cabeza donde su hermana le había pegado.

— Lo siento... — Sara se levantó y le cedió su mano para que éste pudiera levantarse —. Es que pensaba que eras otra persona.

— ¡Pues te equivocabas! — Hale se alzó sin la ayuda de ella.

Hale llevaba el torso al aire mostrando sus abdominales. Únicamente vestía con un bañador azul claro. Estaba completamente empapado.

— ¿Qué ocurre cariño? — otra persona apareció detrás de Sara.

Ella se giró y la observó. Era Teresa, la novia de su hermano, que lucía un pequeño bikini, mostrando su perfecta figura. Su larga melena rubia estaba calada.

El rostro de Sara cambió al mirarla. La odiaba desde que comenzó a salir con su hermano mayor.

—No te preocupes, está todo bien —dijo Hale aún con la mano sobre la cabeza. Este se dirigió a la cocina para colocarse hielo sobre la hinchazón.

Sara se dio la vuelta para separarse de Teresa, pero esta la detuvo.

—Escúchame, por favor —Teresa la agarró por el brazo.

Esta volteó y sonrió falsamente.

—Me gustaría que por al menos unos días nos lleváramos bien —la cara de Teresa era triste.

—Y... ¿a qué viene esto? —Sara sabía que el sentimiento de odio era mutuo.

Sara la miró a sus ojos azules y seguidamente contempló su cuerpo. Aunque le daba rabia, tenía que admitir que tenía un cuerpo espectacular. Y no era menos, ya que desde hacía un año había firmado un contrato con una agencia de modelos.

—Me dijo que no te lo dijera, pero... ¡Nos vamos a casar! —Teresa dio un saltito.

Sara abrió los ojos como platos al enterarse de la noticia. Necesitaba sentarse.

“No puede ser... Teresa y yo... cuñadas...”, pensó. La mera idea le asustaba.

Sara no dijo nada y se largó de allí dejando a Teresa sola. Se dirigió hasta su cuarto y cerró la puerta con un portazo. Necesitaba estar sola para asimilar que una de las personas que más odiaba se iba a convertir en su hermana política.

Sara había estado encerrada en su habitación durante media hora y se había quedado dormida.

De pronto, alguien tocó el timbre.

Se levantó de la cama, un poco aturdida por la siesta y bajó las escaleras hasta la entrada. La abrió y se llevó una sorpresa. Era el inspector Edison.

— ¿Qué hace usted aquí? — esto era lo único que le faltaba.

—Necesito hablar con usted, señorita Sara —el detective se colocó bien su camisa blanca—. Sobre la muerte de Alessia.

— ¡No nos han hecho suficientes preguntas!? —estaba harta de que le hicieran más preguntas. Sara se calmó un poco—. Creía que ya estaba todo solucionado. Alessia murió por culpa de un terrible accidente y... —el inspector la interrumpió.

—Se está equivocando —el agente arqueó una ceja—. Se ha abierto una nueva investigación.

— ¿Qué... qué quiere decir con eso?

—Alessia fue asesinada.

Sara dio un respingo. Primero lo de su hermano y ahora esto. Necesitaba llorar, desahogarse.

—Pero no lo entiendo. Nos dijeron que murió porque se cayó por un barranco lleno de... —solo pensarlo le revolvía el estómago— ramas rotas y... —no podía continuar.

—Lo sé. La policía os comunicó esto por el tipo de heridas y por el lugar donde se encontró el cadáver, pero se han vuelto a investigar los resultados de autopsia y se ha descubierto que... fue brutalmente asesinada.

No podía más. Estaba a punto de vomitar.

—Y... ¿por qué me comunica esto? —Sara comenzó a temblar.

—Porque usted y sus amigos son sospechosos de este homicidio.

– ¡¿Qué?! ¡No diga estupideces! – pero ya era demasiado tarde. El inspector se alejaba de la casa.

Sara cerró el portón y se apoyó en la pared. Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

De repente, el claxon de un coche sonó fuera de la casa.

Sara vio por la mirilla y descubrió que era su novio. Habían quedado para ir al centro comercial a comprarse juntos el traje para la fiesta de Las estrellas.

No podía dejar que esto ayudara a que su vida se derrumbara por completo.

Se secó las lágrimas, agarró su bolso y salió fuera.

– Hola cariño – dijo Daniel. Seguidamente le dio un beso en los labios.

– ¡Hola! – Sara sonrió. Sin embargo, Daniel sabía que pasaba algo.

– ¿Qué ocurre? – arrugó el ceño.

Sara miró hacia atrás y tras un tiempo de reflexión contestó.

– No ocurre nada. Absolutamente nada...

9

No confíes en nadie

<<Un brillante y precioso Sol se dejaba ver tímidamente a través de las bajas montañas de Cherry Hills Village.

La gente estaba fuera de los bungalows, aún los pijamas puestos.

Las fiestas de Nathan Bloom, dueño del lugar, eran conocidas por durar casi dos semanas. Todas las noches había una fiesta, mientras que por las mañanas la gente podía disfrutar de la playa, la piscina privada y demás lujos innecesarios.

Alessia salió de la casita de color lavanda junta Sara y Emm. Tenía el pelo alborotado y los ojos entrecerrados ya que la claridad le molestaba. Se llevó la mano a la boca y bostezó.

Las viviendas estaban situadas de manera que formaba un círculo. En el centro había un pequeño escenario. Nathan se subió en él, micrófono en mano.

— ¡Buenos días! Espero que la fiesta de anoche no pasara factura — todo el mundo rió —. Y aunque así fuese, ¡la fiesta continua! Esta noche realizaremos “El camino hacia la cima”. Supongo que ya sabéis lo que es, ¿no? — el gentío asintió, atontados por el sueño. “El camino hacia la cima” se ejecutaba todos los años. Consistía en subir hasta lo alto de la montaña únicamente con una cantimplora y algún otro objeto como un móvil, una cámara, etc. Siempre que se hacía alguien se perdía y no volvía a parecer hasta después de unos días —. Esto comenzará a las 20:30 y acabará a la 1:30. El ganador se llevará este increíble Jaguar deportivo color rojo — Nathan señaló un coche aparcado varios metros detrás de él.

La muchedumbre comenzó a disiparse tras haber finalizado el discurso.

Alessia se reunió con Sean, Daniel y Marine, que se hospedaban en diferentes bloques.

La luz del Sol golpeaba directamente en las gafas de Gucci de Alessia. Llevaba puesto un bikini morado que dejaba ver su esbelta figura. Su rubio cabello caía sobre su torso semidesnudo. Estaba tumbada en una hamaca cerca de la orilla del mar. Agarraba una copa hecha de medio coco, mientras que en la otra mano sujetaba un cigarrillo.

— ¿Ha llegado ya Mallory? — Alessia dio un sorbo a su zumo de coco.

— Sí, ha llegado esta mañana — afirmó Sara, que lucía también un bikini azul oscuro.

— Y nadie la ha visto llegar, ¿no?

— Mmm... creo que no — Sara frunció el ceño, pensativa.

— ¿Nos puedes decir de que va todo esto de una vez, Alessia? — Marine echa un chorro de ron al zumo de naranja que sujetaba entre las manos. Llevaba unos shorts blancos y la parte de arriba del bañador.

— Está bien... — Alessia se incorporó —. Esta noche pensaba gastarle una gran broma a Mallory. Veréis, Sara la llamó hace unos días para decirle que también había sido invitada a la fiesta, cuando es mentira. Entonces, esta noche, en la escapada a la montaña, le daremos un susto tan grande que saldrá corriendo. Y cuando la descubran y averigüen que no estaba invitada sabréis lo que pasará...

– ¡No me digas que...! – Sean abrió la boca y sonrió.

– Exacto... – Alessia puso una sonrisa siniestra.

El año pasado en la fiesta se colaron una pareja de novios y cuando los pillaron no le dieron importancia. Pero a la mañana siguiente aparecieron desnudos, con las manos atados y corriendo por el centro de la ciudad.

– Y, ¿por qué quieres hacer esto? – A Emm no le hacía mucha gracia.

Alessia sonrió como respuesta. El año pasado Mallory y Alessia tuvieron una gran discusión que al final solucionaron. Pero Alessia no jugaba para empatar. Jugaba para ganar. Y ahora era la hora de su venganza...

– Pero ¿seguro que no pasará nada? – preguntó Emm, que tenía un mal presagio.

– Claro que no. Está todo controlado... – Alessia arqueó una ceja, con una mueca de alegría sobre la cara. >>

Emm corría en la oscuridad. No había salida. Por más que avanzaba no conseguía salir de esas tinieblas. Finalmente, llegó a un largo pasillo sin apenas luz, lleno de espejos lúgubres. Al final del pasadizo se abrió ante ella una gran puerta con una estrella sobre esta.

De pronto, Emm escuchó un grito. Inmediatamente giró la cabeza para ver quién era. Para su sorpresa, se dio cuenta de que alguien encapuchado la estaba persiguiendo. Asustada, Emm comenzó a acelerar hacia el portón.

La puerta se abrió y vivas luces salieron de ella. La gente estaba bailando y se escuchaba una rítmica música.

A pesar de que avanzaba a gran velocidad, aquella persona era más rápida que ella.

Volvió a tornar la cabeza y descubrió que le estaba pisando a los talones.

Por fin, consiguió llegar hasta la puerta, pero esta se cerró en sus narices con un portazo. La estrella situada sobre ella se tambaleó y cayó al suelo haciéndose añicos. Su luz desapareció entre la oscuridad.

Emm se dio la vuelta completamente. Aquel ente ya estaba allí, con los brazos alargados para agarrarla.

Entre la negrura que proporcionaba la capucha comienzan a aparecer rostros: Nathalie, Liam, Alan, Josh, Hale, Teresa, Naomi, hasta las caras de su padres... pero finalmente el último rostro que llega a ver es el de Alessia, con sus fríos ojos verdes clavados sobre ella y con una mueca de pánico en su cara...

Emm se despertó empapada de sudor. Aturdida, consiguió incorporarse. Desde hacía días que tenía esa pesadilla. Siempre la misma: el extraño pasillo, aquella persona encubierta, la estrella que se cae al suelo... nada cambiaba.

Alargó el brazo y agarró su reloj.

“¡Las 6.20!”, pensó Emm. Había quedado con Liam a las seis y media y si no se daba prisa llegaría tarde.

Emm se levantó de la cama tan rápida como pudo, cogió la plancha del pelo y la enchufó para que se calentara.

Puesto que no le iba a dar tiempo a ducharse se desnudó completamente y se limpió el sudor con una toallita y seguidamente se roció con el perfume que había en su cómoda.

Tras haber acabado, abrió su armario y escogió lo primero que vio.

Se colocó una camiseta de tirantes ancha a rayas horizontales azules y blancas. Tras eso, intentó ponerse el pantalón vaquero que había sacado de su ropero pero le venía pequeño. Sin embargo, intentó abrochárselo a pesar de que le apretaba porque, como bien decía Alessia, para estar guapa había que sufrir.

Una vez puestos los jeans, se alisó el pelo con prisas. Solo quedaban cinco minutos para que Liam viniera a recogerla.

Emm dejó las planchas sobre la mesita de noche para que se enfriaran y seguidamente cerró la ventana.

De pronto, el timbre sonó.

“Justo a tiempo” suspiró Emm en su mente, aliviada.

Bajó las escaleras y se detuvo un instante antes de abrirle la puerta. Estaba nerviosa.

Después de ese momento de reflexión, abrió la puerta y se saludaron con dos besos. Emm agarró su bolso, que estaba encima de la mesita de la entrada, y se observó en el espejo que había sobre esta.

Se le había olvidado maquillarse y se le notaba en la cara que había estado durmiendo.

– Bueno, Emm, ¿estás preparada? – preguntó Liam tendiéndole la mano gentilmente.

– Claro – Emm aceptó su mano y se entrelazaron los brazos –. ¿A dónde vamos?

– Es una sorpresa... – le susurró al oído.

Estaba anocheciendo y el cielo se había teñido de un color rosado.

La feria desprendía vivos colores y los gritos de alegría brotaban en las bocas de las personas.

Emm y Liam estaban en la cola para subir a la noria. Habían estado hablando durante horas y Emm se sentía muy atraída hacia él.

Le encantaba su pelo y aquella mirada en la que siempre que miraba no podía evitar perderse en ellos.

La cola se movió y Emm avanzó torpemente.

Liam olía estupendamente a perfume y eso le encantaba. Sin embargo, Emm estaba preocupada por si olía demasiado a sudor. Estaba demasiado nerviosa.

No podía parar de mirar el verdor de sus ojos. Su corazón iba a mil por hora.

Liam se percató de que lo estaba observando detenidamente y sonrió mostrando su perfecta dentadura.

Emm escondió el rostro entre los hombros, avergonzada. Se había puesto roja como un tomate.

– Qué calor hace aquí, ¿no? – Emm intentó salir de aquella embarazosa situación.

– Sí, la verdad es que bastante – Liam se rió y comenzó a menear su camisa verde a cuadros.

Emm no podía dejar de observarlo. Cada vez tenía más y más calor.

Por fin llegaron al final y consiguieron subirse a la atracción.

“Por fin solos...”, pensó Emm. Apoyó la mano sobre el asiento y rozó la mano de Liam. Este se la agarró cariñosamente.

Tras un momento de timidez, por fin se atrevió a acercarse a él.

“¡Está a punto de ocurrir!”, se emocionó Emm. Comenzó a acercarse lentamente hacia él, hacia sus labios y por fin... el teléfono de Emm interrumpió la situación.

– Lo siento – se disculpó.

Lo agarró y comprobó que su madre le había enviado un mensaje para saber a qué hora iba volver.

– Solo es mi madre – pero ya les había cortado el rollo.

Hubo un largo silencio hasta que la noria llegó al suelo. Bajaron rápidamente y se dirigieron a un puesto de comida rápida de la zona.

Liam metió la mano en el bolsillo y comprobó que se había olvidado la cartera.

– Mierda... se me ha olvidado el dinero.

– No te preocupes, yo te invito – Emm tomó su monedero y sacó un billete de diez dólares.

– No debería aceptarlo.

– No seas tonto. No pasa nada.

– Está bien – Liam se acercó a su oído –. La próxima vez te lo recompensaré.

Emm se estaba derritiendo.

Pidieron una hamburguesas sin queso (Emm odiaba el queso) y un perrito caliente y se sentaron un banco.

Emm dio un mordisco a su hamburguesa y Liam comenzó a reírse.

– ¿Qué ocurre? – Emm se sentía ruborizada.

– Te has manchado con un poco de ketchup – Liam alargó el brazo y le limpió por encima del labio.

Emm comprobó que él comenzaba a acercarse.

– Deberíamos irnos ya, que es un poco tarde – dijo Emm alejándose de él.

“¡Qué estúpida soy!”, se insultó a sí misma. Si no lo hubiera hecho ya estarían besándose.

Durante el camino de vuelta hubo mucho silencio. De pronto el coche frenó.

Emm se sentía fatal por lo que acababa de ocurrir.

– Bueno... pues... hasta luego – Emm le dio un cariñoso beso en la mejilla y este se lo devolvió.

Emm salió del coche y cerró la puerta. Pero se armó de valor y le dio un golpecito la luna del vehículo.

Liam le abrió la puerta.

– ¿Se te ha olvidado algo?

– Si... esto – y entonces Emm lo besó en los labios. Se sentó en el asiento y colocó sus manos sobre la nuca. Bebió de ese beso. Se le dilataron las pupilas y cerró los ojos. Su corazón estaba a punto de estallar. Él colocó sus manos sobre la cintura de esta y la atrajo hasta él. Emm sintió como si miles de fuegos artificiales estallaran en su estómago. Un cosquilleo le recorrió la espina dorsal. Y tras un largo tiempo, el beso llegó a su fin.

Emm suspiró y le rozó la mejilla con su mano, luego salió del coche.

Llegó a su casa y subió las escaleras aun pensando en el increíble beso que se acababan de dar.

Estaba sola en el domicilio.

Entró en su habitación y se mordió el labio, pensando en Liam... pero algo le llamó la atención.

La ventana estaba abierta y ella la había cerrado antes de irse.

La cerró y se giró, desconcertada. Miró el colchón y se dio cuenta de que había un pequeño papelito sobre él.

Lo agarró y lo desplegó. Sus sospechas se hicieron realidad:

Ten cuidado Emm. Yo podría ser cualquier persona...

Aquella estupenda escena desapareció de la mente de Emm.

Alguien había estado en su casa mientras ella no estaba. "¿Y si aún sigue aquí?", pensó.

De pronto la puerta de su cuarto se abrió y Emm dio un respingo.

Eran sus padres. Emm se calmó pero aún estaba aterrada.

¿Quién había entrado en su casa?

10

El amor se respira en el aire

Sean bajó las escaleras, rozando la barandilla con su mano. Se dirigió a la entrada y agarró las llaves que había sobre la mesa.

– Mamá, me voy al centro comercial.

La señora Stewart era una mujer delgada y alta, con un largo cabello rubio que le llegaba hasta la cintura.

– Está bien, pero no vuelvas tarde – se acercó a Sean y le colocó bien la camiseta gris de cuello de pico.

– Mamá, no seas pesada... – Sean la apartó

– Lo siento, a veces se me olvida que ya no eres mi pequeño – su madre puso la cara larga.

– Yo siempre seré tu pequeño – Sean se acercó y le dio un besito en la mejilla. Amaba a su madre.

Tras eso, salió de su casa y comenzó a andar hasta su BMW blanco.

Se sentó en el asiento de cuero claro del piloto y arrancó el coche.

Tras un rato de conducción, abrió la ventanilla para que el aire fresco rozara su piel. Disfrutó de aquella sensación. Llevaba mucho estrés acumulado.

Llegó al centro comercial y aparcó el vehículo en el garaje interior del lugar.

Entró y subió las escaleras mecánicas hasta la primera planta, lugar donde se encontraban las tiendas de ropa.

Quería comprarse el traje para la fiesta de Las estrellas y salir de allí cuanto antes. Odiaba ir de compras.

Entró en Armani y tenía decidido que esa sería la única tienda a la que pensaba entrar. Fue a la sección masculina y miró alguna prenda para poder probarse. Si, sin duda, odiaba ir de compras.

Tras un momento de indecisión, se decantó por un traje negro a juego con una camisa blanca (la verdad es que casi toda ropa elegante de hombre era muy parecida).

Se metió en un probador y se metió entre la tela de la indumentaria. Se observó en el espejo pero decidió salir y poder verse mejor.

– Te queda muy bien – una voz se escuchó detrás de Sean.

Sean se dio la vuelta, intrigado y observó quien había hablado.

Una chica de blanca piel estaba plantada unos pasos tras él. Tenía el cabello de distintas tonalidades rubias y corto, hasta los hombros. Sus ojos eran celestes y destellaban a la luz de los focos del techo. Lucía una corta falda de encaje rosa palo y una colorida camiseta de pequeñas flores de cuello ancho.

– Perdón, siento haberte molestado – se dio la vuelta y comenzó a andar.

– ¡No, espera! – Sean la llamó. No sabía porque lo había hecho, como si hubiera sido un acto reflejo.

Ella se acercó.

– Mmm... no molestas... – se sentía un poco incómodo –. Espera, empecemos de nuevo. Hola, me llamo Sean.

– Encantada, Sean – ella se rió –. Me llamo María – se pasó la mano por la frente para apartar un mechón de la cara –. Y dime, ¿qué has venido a hacer en el centro comercial?

– Tenía que comprarme el traje para la fiesta de Las estrellas, ¿y tú? – Sean no paraba de rascarse el cuello. Estaba muy nervioso.

– Dentro de unos días es el cumpleaños de mi padre y había pensado en regalarle una camisa.

Los segundos restantes eran dominados por el silencio, pero se rompió cuando los dos saltaron a hablar al mismo tiempo. Se rieron al unísono.

– Me gustaría conocerte – dijo Sean. ¿Fue un acto reflejo o es que empezaba a sentir algo por aquella desconocida? –. Déjame que te invite a algo.

– Claro... – María sonrió tímidamente y su clara piel se tiñó de un tono rosáceo.

Sean y María no paraban de reírse.

Estaban sentados en la terraza de una de las cafeterías, tomándose unos batidos.

– ... y luego salté y me caí al suelo – María había estado contándole una anécdota de su vida y Sean no podía evitar reírse.

– Cambiando de tema, ¿con quién vas ir a la fiesta de Las estrellas? – preguntó Sean antes de dar un sorbo.

– La verdad es que no pensaba ir – María agachó la cabeza.

– ¿Por qué? – Sean frunció levemente el ceño.

– Porque no tengo pareja.

– Yo tampoco tengo la verd... un momento, puede que te parezca un poco extraño ya que nos acabamos de conocer pero, ¿te gustaría ir al baile conmigo?

– Mmm... está bien – María se quedó mirándole detenidamente y sonrió.

Tras eso, una camarera apareció y les dejó la cuenta en la mesa.

Sean sacó el monedero y lo pagó.

Se levantaron de sus sillas y pasearon por el centro. Sus manos se rozaban a cada paso que daban y eso le encantaba.

De pronto, el móvil de Sean sonó. Era un mensaje de su madre. Lo leyó y lo cerró. María no pudo evitar mirar el fondo del teléfono en el que Sean estaba con otra chica: Alessia.

– ¿Quién es ella? – quiso saber, aunque de inmediato notó que no era de su incumbencia.

– Era mi amiga Alessia – Sean cambió la mueca de su cara.

– ¿Era? – María arqueó una ceja.

– Si... murió hace unos meses.

– Lo siento mucho, de verdad – María le agarró de la mano.

– No pasa nada. Ya está todo olvidado – Sean la miró –. ¿La conocías?

– No, aunque su cara me es familiar...

– Seguro que la has visto alguna vez. Era muy popular por aquí.

Entonces, María se puso de puntillas y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

– Vaya...mmm... – Sean era muy patoso para estas situaciones –. Se está haciendo tarde. ¿Te gustaría que te llevara a casa?

– Claro, había venido andando – María entrecerró sus claros ojos y sonrió mordiéndose el labio.

Salieron del centro comercial y se dirigieron al aparcamiento. Se quedaron parados enfrente de su coche.

– ¿Dónde quieres que te lleve? – preguntó Sean, sacando las llaves del vehículo.

– A la calle Hill Street. Está muy cerca de aquí.

– Está bien – Sean alzó la mira y se percató de que María le estaba mirando.

– ¿Qué ocurre?

Entonces María se acercó y le besó delicadamente en los labios. Solo duró un instante.

– Lo siento mucho. Que estúpida he sido. Lo siento de verdad. Mejor me vuelvo andando – María se separó de él, pero este la agarró y se la acercó, volviendo a rozar sus labios con los suyos.

María colocó sus manos la nuca y este las puso en su cintura, atrayéndola hacia él. Ella le mordió delicadamente y él se dejó llevar. Su pulso se aceleró y notó como el cuerpo de María se calentaba. Sean comenzó a respirar fuertemente por la nariz y entonces sus labios se separaron. María tragó saliva.

– Vaya... – María aún estaba agarrada a su nuca.

– Sí, vaya... – parecía una estúpida conversación de besugos.

Sean se rió y los dos entraron en el coche.

María miró a la alfombrilla del automóvil. Estaba pisando algo. Se agachó y lo cogió. Era una pequeña nota.

– ¿Qué es eso? – preguntó Sean, mirándola sus azulados ojos.

– No sé. Me lo acabo de encontrar aquí – dijo María señalando el suelo.

Sean la asió y la desplegó. La leyó para sus adentros.

Recuerda Sean. Yo siempre estoy vigilando.

“Mierda, mierda y mierda”, pensó. Giró la cabeza y miró tras la ventanilla, pero no había nadie. Estaban solos en el aparcamiento.

11

Espejito, espejito...

Daniel alargó el brazo y lo colocó en el hombro de Sara atrayéndola hacia él. Le miró a la cara. Su rostro mostraba una mueca de tristeza y de inseguridad.

— ¿Qué te ocurre? — preguntó a pesar de que Sara le había dicho anteriormente que no le sucedía nada.

Intentó esquivar la pregunta mirando hacia otro lado, haciendo como si no le hubiera escuchado. No quería hablar del tema.

— Entremos en D&G. Quizá allí habrá trajes que te gusten — Sara miró al techo y suspiró.

Entraron en el establecimiento y comenzaron a buscar alguna vestimenta que le gustara a Daniel. Él era muy especial para la ropa.

Daniel deslizó la mano sobre las repisas llenas de ropa, rozando las etiquetas del precio. Se detuvo y observó a lo lejos un maniquí que llevaba un traje azul marino oscuro.

Se dirigió hacia él y lo agarró por la manga. Se giró y miró a Sara, que estaba varios metros detrás de él.

Estaba mirando al vacío, mordiéndose las uñas y jugando con un mechón de su cabello.

Sin duda le ocurría algo y Daniel no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

— No me puedes ocultar que realmente te ocurre algo — se acercó y posó su mano sobre su cintura —. Cuéntamelo, por favor.

Sara abrió la boca para contestar pero algo la interrumpió.

Una cantarina voz surgió de entre la música de tienda, llamándola.

— ¿Sara? ¿Eres tú? — Sara se giró y la miró —. ¡Cuánto tiempo sin vernos! — aquella chica se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Sara frunció el ceño y la observó detalladamente. Era una chica más alta que ella, de piel morena con delicadas motitas en la cara y el pelo corto ondulado por los hombros. Llevaba una camiseta de tirantes color crudo en la que estaba grabado un búho de claros colores a juego con unos shorts de flores del mismo color que el animal. Calzaba unos zapatos de tacón rosa y marrón.

— Cuanto tiempo sin vernos — se rió Sophie. Ella iba a natación con Sara desde que eran pequeñas pero, desde la muerte de Alessia, no habían vuelto a verse.

Daniel tosió, excluido de la conversación.

— Oh, perdón — Sara volteó su cuerpo hacia su novio —. Este es mi novio Daniel — Sara le sonrió —. Daniel, esta es mi amiga, Sophie.

Sophie le miró a los ojos y su sonrisa desapareció. Tragó saliva.

Sara arrugó el ceño al percatarse de su reacción.

— Hola... — Sophie miró al suelo, se acercó a Daniel y le besó tímidamente en la mejilla.

Daniel también se asombró al ver su repulsión. ¿Es que acaso olía mal, estaba feo ese día o... también conocía el secreto?

Sara intentó cortar la situación interponiendo una pregunta.

–Y, ¿qué haces aquí? –dijo colocándose un bucle de su pelo sobre la oreja.

–He venido con mi novio a comprar un traje para la fiesta de Las estrellas.

–No sabía que tenías novio...

–Llevamos solamente tres semanas –Sophie se rió–. Espera, que te lo presento –movió la cabeza hacia los lados hasta que al fin lo encontró–. ¡Josh!

Daniel y Sara abrieron los ojos como platos al escuchar el nombre. “Josh”... ¿el ex novio de Alessia? No, tenía que tratarse de una equivocación. Pero no lo era.

Se acercó con paso firme y una sonrisa en la cara. Se pasó la mano por su pelo negro y les miró con sus ojos verdosos. Lucía una camiseta gris con un dibujo de dos gafas en la que se podía leer ‘School or cool’ y un pantalón marrón oscuro.

–Hola –se acercó y dio un beso a Sara en el moflete y le tendió la mano a Daniel.

Entonces, cientos de preguntas le vinieron a la mente a Sara. Siempre había pensado quién podía ser el asesino de su amiga, pero... ¿y si era Josh el homicida? Todo encajaba. Él podía haberla matado perfectamente. Muchas veces habían tenido peleas y seguro que alguna vez perdería los papales y terminaría con ella.

–Bueno... nos tenemos que marchar a probarnos ropa. Adiós.

Daniel y Sara se marcharon al probador rápidamente. Daniel no paraba de girarse para mirar a Sophie, que le observaba a lo lejos con la misma cara que había puesto anteriormente.

Daniel entró en el probador y se colocó el traje, ajustándose el cuello de la camisa. Tras eso, salió para que Sara le diera el visto bueno.

Se acercó a ella y dio una vuelta para que pudiera ver cómo le quedaba.

–Te queda muy bien –sonrió y miró el precio. “\$1280” –. Cómpratelo y vamos ya. Necesito salir de aquí.

Daniel volvió a entrar en el vestidor. Cerró la cortina y miró al espejo. Se quedó paralizado. Su respiración se volvió brusca y metió un puñetazo en la pared, haciéndose daño en los nudillos.

Había un mensaje en el cristal.

Si no le cuentas el secreto a Sara, otra persona tendrá que hacerlo... y creo que ya sabes quién.

Muack!

–Daniel, ¿estás bien? –se escuchó la voz de Sara a través del cortinaje.

–Sí... –Daniel apretó los dientes con furia–. Perfectamente...

12

No hagas cosas de las que luego puedas arrepentirte

Marine acodó el brazo sobre la mesa mientras untaba mantequilla baja en grasa sobre su tostada de pan integral. Seguidamente le dio un mordisco.

— Esta tarde llegaré más tarde a casa — Marine se limpió la comisura del labio con una servilleta de tela.

— ¿Y eso? — preguntó su madre. La señora Chifflet era una mujer regordeta que casi siempre llevaba en su cabello rubio una coleta (según ella le daba suerte). Cuando era joven se mudó desde la isla francesa Córcega a Tucson para estudiar Bioquímica. Allí fue donde conoció al señor Bradley con quien finalmente se casó y se fue a vivir a Los Ángeles.

El padre de Marine entró por la puerta en ese momento con una radio en la mano.

— Es que me voy con Alan a un bar de las afueras — Marine miró a su madre que mostraba una mueca de intriga —. Sí, mamá. Es un bar apto para menores.

A su madre no le gustaba que su hija fuera a lugares donde hubiera alcohol ya que cuando ella era joven tuvo una mala experiencia con la bebida. Sin embargo, Marine bebía. Y mucho.

— Hija, ten cuidado con ese noviete tuyo — su padre dejó el receptor en la encimera de mármol y cruzó los brazos —. Ya sabes en lo que piensan los chicos de tu edad.

Marine se atragantó con la leche al escuchar decir eso a su padre.

— ¡Papá! — apartó la mirada —. No va a ocurrir nada.

— Eso dicen todos y luego terminas con un bebé entre los brazos.

La señora Chifflet se rió.

— No seas estúpido, papá — Marine notó algo que le acariciaba la pierna. Era su pastor alemán Candy que había posado una de sus patas sobre ella. Marine deslizó la mano para acariciarle su suave cabecita —. Será mejor que me vaya o creo que me voy a poner enferma — inmediatamente se levantó de la mesa y dejó los platos en el fregadero.

Marine se dirigió a su cuarto y cerró la puerta delicadamente. Abrió su armario y comenzó a vestirse rápidamente. Nathalie iba a ir a recogerla con su coche y, si no se daba prisa, llegaría en cualquier momento y ella no estaría vestida.

Se puso una camisa color rosa y una ajustada faldita azul claro. Luego se sentó y calzó unas bailarinas del mismo color que la camisa.

Tras eso, se metió en el baño y se pasó una esponjita triangular untada de maquillaje de Lancome. Después se limpió los dientes y se pasó el cepillo por el pelo hasta que el claxon de un coche sonó irrumpiendo el silencio absoluto que había en el servicio.

Bajó las escaleras todo lo rápido que le permitían sus piernas hasta que llegó a la puerta y se despidió de su familia con un grito.

Salió de su casa y se metió en el Hummer de su amiga.

—Hola —Nathalie le dio un besito en la mejilla y luego la estudió con la mirada—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Es que no me ha dado tiempo a maquillarme bien —Marine abrió su mochila y sacó un pequeño estuche y extrajo su brillo de labios y rímel y se acicaló mirándose en el retrovisor.

Llegaron al instituto y bajaron del coche.

Todas las miradas se fijaban en ellas y todos los chicos se quedaban con la boca abierta al verlas pasar.

Marine alzó la cabeza entre la multitud de personas que entraban en el centro. Allí estaba Alan, esperándola en su taquilla como cada mañana.

Le dio un profundo beso en los labios en señal de saludo y luego abrió su taquilla introduciendo la combinación. Dejó la mochila en su interior y sacó el libro de Historia del arte.

Tras eso, le agarró la mano y anduvieron lentamente por el pasillo, esquivando a los alumnos que llegaban tarde a sus respectivas clases.

—Estoy deseando que llegue esta tarde —Marine se paró enfrente de su aula y se mordió el labio.

—Yo también tengo ganas. Seguro que te encantará el sitio al que te voy a llevar

—Alan se apoyó en la pared acercándose a Marine.

—Te veo luego —Marine lo apartó delicadamente sonriendo y guiñándole un ojo.

Se metió en la sala con el libro de la materia entre los brazos. Se giró y vio a Sean sentado en la última fila. Le saludó moviendo rítmicamente los dedos y él se lo devolvió alzando la mano con una sonrisa.

Se sentó al lado de la ventana y abrió el tomo cuando el profesor Reeds entró por la puerta.

El timbre sonó interrumpiendo la clase de francés avanzado.

Marine agarró su libro y su estuche y salió escopetada de la clase.

Se le habían hecho eternas todas las clases que había tenido: después de la clase de Historia del arte tenía Matemáticas, Filosofía, Psicología, Literatura y por último francés.

Marine se dirigió hacia su taquilla y se apoyó en ella, cansada. Guardó los libros que necesitaba en la mochila y se encaminó hacia la entrada donde Alan estaría esperándole. Sin embargo, para su sorpresa, Alan no estaba.

Marine comenzó a esperarle mientras veía como sus compañeros se marchaban del centro.

Empezó a buscarle por el edificio, agotada de esperar.

Se encontró con Emm, que se había quedado un rato más en la clase de latín. Se acercó a ella. Vestía con una camiseta sin mangas tronquelada de color naranja y unos shorts vaqueros.

—Hola Emm, ¿has visto a Alan?

—No, lo siento —Emm la abrazó con el Samsung en la mano, preparada para llamar a su novio Liam—. Bueno, Marine, siento no haberte sido de ayuda, pero me tengo que ir. Hasta luego —se marchó con la mirada fija en su móvil.

Marine comenzaba a impacientarse y decidió salir a buscarlo al pabellón de deportes.

Avanzó entre las anchas paredes de azulejos de la nave hasta que se detuvo al escuchar una voz que provenía del pasillo que llevaba al estadio.

– Aquí no... podrían vernos – dijo una voz que le resultaba muy familiar.

– Lo sé. Por eso lo hago... – era una chica la que hablaba aquella vez.

El adolescente se rió y después se escuchó el sonido de un delicado beso.

Marine se asomó en la esquina y por fin lo vio; se quedó boquiabierta.

Alan estaba allí, apoyado en la pared de baldosas, con otra chica, Ashley Becker.

Él se giró al percatarse de que alguien le observaba. Apartó a Ashley al darse cuenta de quién era.

– ¡Marine! – intentó acercarse a ella pero esta se apartó como si de un asqueroso insecto se tratara.

– ¡No me toques! – las lágrimas le acudieron a los ojos –. ¡¿Cómo has podido?! – e inmediatamente se acercó y arremetió contra él una bofetada.

Él se colocó la mano sobre la mejilla enrojecida y salió detrás de ella cuando esta salió del edificio.

– ¡Marine, espera! ¡Puedo explicarlo!

– ¡Explica esto! – Marine se giró le enseñó el dedo corazón con rabia. Tras eso, se dirigió hacia la salida del instituto. En esos momentos habría deseado tener coche para poder alejarse de allí, pero como no disponía de uno salió corriendo hacia las afueras del pueblo.

Cansada, se sentó en la acera, enfrente de otro instituto.

Por fin, las lágrimas cedieron y cayeron sobre sus mejillas. “¿Cuánto tiempo llevará engañándome?”, se preguntó.

– ¿Estás bien? – cuestionó una voz tras ella.

Ella se giró y le observó. Era un chico alto con el cabello de color rubio ceniza y unos increíbles ojos verdes.

– No, estoy bien... – mintió.

– Pues, normalmente, cuando alguien está bien no llora – se sentó al lado de ella y se acercó.

Marine le miró fijamente y descubrió que no le molestaba su presencia.

Algo le vino a la mente. Necesitaba vengarse de Alan y que mejor forma que...

Aquel chico comenzó a hablar y esta lo calló, plantándole un beso en los labios.

– Lo siento, esto no es típico de mí...

Pero para su sorpresa, él se acercó y volvió a rozar los labios con los suyos.

– Woah... – suspiró –. Me llamo Marine, ¿y tú? – sonrió

– Liam, Liam Lauper.

13

Y el premio a 'Miss Camiseta Mojada' es para...

Sara deslizó la mano sobre el volante de cuero de su Mini. Giró la cabeza y miró a través de la ventanilla.

El cielo se había llenado de oscuras nubes y pequeñas gotitas caían sobre el parabrisas.

Observó el Diamond Palace, lugar donde se iba a celebrar la fiesta de las Estrellas.

Era una gran nave con enormes torres decoradas de ventanales de colores.

Sara centró la mirada en la carretera y avanzó con el coche cuidadosamente cuando comenzó a diluviar.

Aparcó entre dos coches, enfrente de un videoclub, y salió rápidamente para evitar mojarse.

Llevaba puesto una camiseta de color marrón, que llevaba grabado un corazón atravesado por una flecha, en la que se podía leer Wild Love y unos shorts de tiro alto.

Avanzó pegada a la pared, bajo los balcones de los otros edificios, hasta que llegó al videoclub.

Quedaba menos de una semana para la fiesta y ya tenía todo lo necesario, y, puesto que aquella tarde no tenía nada que hacer, había decidido pasarse las últimas horas del día viendo una maratón de películas sola en su casa. Cuando Alessia aún estaba viva, hacían eso todos los viernes. Se cogían un enorme tarro de palomitas, un cuenco con helado de cereza y fresa, varias bolsas de malvaviscos que más tarde se comían después de haberlos tostado entre la llama del mechero de Alessia y finalmente disfrutaban de los filmes.

Entró en el establecimiento y estudió todas las carátulas y se dio cuenta de que las había visto casi todas.

De pronto, alguien entró en el videoclub, haciendo mucho ruido con los tacones.

Sara se tornó y la maldijo. Era Teresa. Lucía un vestidito rosa pálido de tirantes de lentejuelas plateadas a juego con unos enormes zapatos de tacón del mismo color que la laminilla.

— ¡Hola Sara! — se acercó a ella y la saludó en la mejilla —. ¿Has venido a alquilar una película?

“No, a tocarme el ombligo, no te jode”, pensó.

— Sí — sonrió falsamente —. Pero no sé cuál elegir.

— Si quieres yo podría ayudarte. Me encantan las películas.

— Claro — dijo sin ánimos.

Teresa la cogió de la muñeca y la llevó a una esquina, la cual estaba llena de portadas de cintas.

— Pues, te recomiendo esta — alargó la mano y agarró “Midnight in Paris” —. Es de hace poco y estuvo nominada a los Oscars — luego se giró y agarró otras dos

carátulas—. Y estas también están muy bien —había cogido “Cisne negro” y “Descalzos por el parque”.

Sara tomó las cintas en sus manos y la observó detenidamente. Y entonces comenzó a reflexionar. ¿Por qué odiaba tanto a Teresa? No tenía razón aparente. Y, además, hacía feliz a su hermano.

— Muchas gracias, de veras — Sara sonrió, pero esa vez, era real.

— De nada — y entonces se despidió con un beso, asió la cinta de “Moulin Rouge” y salió por la puerta, dejándola sola en el local.

Sara la observó marcharse, cavilando sobre lo que había estado pensando.

Se alejó de lugar, tras un momento de meditación y se dirigió hacia su coche.

Entonces, alzó la vista y contempló a una chica a lo lejos, la cual conocía.

Estaba sentada en un banco, con la cabeza hacia atrás, dejándose mojar por la lluvia.

— ¡Emm! — gritó Sara, situada bajo la terraza de un edificio. Esta se giró, empapada, y se acercó a ella, sin importarle mojarse aún más por el aguacero. Lucía una camiseta blanca con el dibujo de una calavera rosa de flores y un pantalón negro.

— Hola, Sara — Emm sonrió y la abrazó—. ¿Qué haces aquí?

— Había venido para alquilar unas películas y... — entonces se acordó de Alessia—. Oye, si no tienes nada que hacer, puedes venirte a mi casa y las vemos juntas.

— ¡De acuerdo! — dijo muy animada.

— Por cierto, ¿por qué no te resguardas de la lluvia?

— Pues porque me encanta mojarme. La lluvia me parece lo más maravilloso que hay.

— ¡Como te quiero, Emm! — Sara se rió y la abrazó.

Tras eso, entraron en el vehículo y partieron del lugar.

Entraron en la casa de Sara con los filmes en la mano.

— ¿Quieres que hagamos palomitas? — preguntó Sara, introduciendo el DVD en el reproductor.

Entonces se escucharon unos pasos que provenían de arriba y el crujir del entarimado.

— ¿Hay alguien en tu casa? — cuestionó Emm.

— En teoría no debería haber nadie, pero... — se acordó de aquella vez que llegó a su casa y escuchó unos pasos que al final resultaron ser de Hale, su hermano.

— Será Hale, que habrá vuelto de la universidad.

En seguida se sentaron en el sofá color crudo y comenzaron a ver “Descalzos por el parque”.

Pasaron cuatro horas y media y ya estaban por la última cinta pero Sara la paró antes de que comenzara.

— Se me había olvidado — miró a Emm—. Ayer entré en tu Facebook y me di cuenta de que en tu estado pone Con novio. ¿Quién es? — Sara se acercó a ella y se mordió la lengua esperando escuchar la respuesta.

— Se llama Liam — Emm bajó la cabeza, ruborizada —. Empezamos a salir hace unos días.

— Cuéntame más — Sara sonrió.

— Pues le conocí hace años en equitación y... creo que me he enamorado.

— ¡Y parecía tonta cuando la compramos! — Sara se rió y la oprimió entre sus brazos —. Y, ¿tienes alguna foto de él en Facebook?

— No, no le gusta que suba fotos. Y la verdad, no entiendo por qué.

El sonido de los pasos se hizo más estruendoso.

— ¡Hale, para ya! — Sara frunció el ceño. Seguidamente miró su vaso de agua, el cual estaba vacío —. En seguida vuelvo, voy a rellenarme el vaso.

Sara se levantó del diván y se dirigió a la cocina.

Cogió una jarra enorme de agua fresca y se puso en su cubilete.

Entonces, el teléfono inalámbrico de la sala de estar comenzó a sonar.

— ¡Emm, cógelo tú, por favor!

Emm alargó el brazo y lo agarró

— ¿Quién es? — preguntó, un poco cortada.

— Soy Hale, el hermano de Sara. ¿Me puedes pasar con mi hermana?

Emm se extrañó al escuchar a Hale, que supuestamente, estaba en el piso de arriba.

— ¡Sara, es tu hermano! — dijo Emm colgando el teléfono, sin importarle que la otra persona estaba al otro de la línea.

— ¡¿Qué?! — masculló Sara desde la cocina.

Pero entonces, un ente encapuchado apareció detrás de ella, sorprendiéndola. La agarró de pelo y le tapó la boca y la arrastró hacia la nevera. Ella intentaba gritar, soltarse. Pero era imposible. Tras eso, la lanzó contra la encimera, golpeándose la mejilla y dejándola aturdida.

— ¡Emm! ¡Corre! — pudo decir antes de desmayarse.

Sin embargo, Emm no la escuchó.

Aquel sujeto apareció de repente por la puerta, asustándola.

Emm abrió la boca para gritar, pero este se abalanzó contra ella estampándola contra la pared.

— ¡Oh, Dios mío! — gritó entre lágrimas.

Aquel ser colocó su mano en el cuello de esta y comenzó a asfixiarla.

Emm notaba como el aire no le llegaba a los pulmones y empezó a jadear y a balancearse como pudo.

La cogió del cabello y la apartó de la pared, aún con la otra extremidad en su garganta.

— ¡Por favor... suéltame!

Entonces, la sujetó con fuerza para luego soltarla con brusquedad. Su cuerpo salió disparado, arremetiendo contra la alacena de cristal, haciéndola añicos.

Sara se levantó, apoyándose en la encimera, aun atontada por el golpe, y salió disparada hacia la entrada.

La puerta estaba abierta y aún llovía.

Salió afuera y comenzó a correr sobre el césped mojado cuando vio que aquella persona se marchaba en un coche oscuro que no pudo observar con claridad por culpa de la lluvia.

– ¡No te tengo miedo, hijo de puta! – gruñó.

Sara volvió dentro, empañada, y se encaminó hacia el salón. Esta se acercó corriendo a Emm, que se encontraba en el suelo, rodeada de cristales.

– ¿Estás bien? – dijo ayudándola a levantarse.

– Creo que sí...

– ¡No, no estás bien! – Sara se miró la mano y se dio cuenta de que la tenía impregnada de sangre – . ¡Llamaré a emergencias!

Sean llegó último al hospital y se acercó a Sara, que estaba de pie en la sala de espera con una bolsa de hielo en la mejilla junto con los demás.

– ¿Qué ha ocurrido? – quiso saber Sean.

Sara se apartó la bolsa helada y mostró una gran mancha de un color morado muy oscuro.

– ¿Estás bien?

– Sí, no te preocupes.

– ¿Y Emm?

– Está en Observación. Ha atravesado la vidriera de mi alacena.

– ¡Joder!

– No te preocupes, está bien. Por suerte ningún cristal le ha perforado ninguna vena ni nervio.

– ¿Pero quién ha sido?

– ¿Tú qué crees...?

Pasaron las horas y ya había anochecido.

Entonces, tras el largo tiempo de espera, consiguieron entrar en su habitación.

– ¿Cómo estás? – cuestionó Marine.

– Bien. Me han puesto once puntos.

– Parece que esto va muy en serio – dijo Sean, pensando en el cabrón que estaba haciendo todo eso.

– Chicos, tengo que contaros algo – Sara miró al suelo – . No puedo callármelo más y ahora que estamos todos... hace unos días vino el inspector Edison para hablar conmigo.

– ¿Qué ocurre Sara? – interrogó Emm.

– Todos somos culpables de la muerte de Alessia.

– ¡¿Qué?! ¡No lo entiendo! Pero si... fue un accidente. Nos lo dijeron en la morgue – farfulló Daniel.

– Resulta que no... alguien la ha asesinado.

– ¡Dios mío! – Marine se llevó las manos a la cabeza.

– ¿Y por qué no nos lo has dicho antes? – interpeló Sean.

– No se... supongo que tenía miedo.

– No me puedo creer que te lo hayas callado – y tras eso Daniel salió por la puerta, enfadado.

– Lo siento, de verdad... – Sara miró por la ventana de la habitación que daba al pasillo y observó cómo Daniel se despedía de los padres de Emm y de todas las personas que habían ido a visitarla y se largaba.

Sin embargo, lo que ella no sabía, es que aquel ente que había provocado todo esto también estaba ahí, mirándolos.

14

Sospechosa

Daniel entró por la puerta dando un portazo, enfadado con Sara por haberle ocultado aquel secreto.

Se dirigió a la cocina y sacó una botellita de cristal de Coca-Cola Raspberry de la nevera, la abrió con un abridor que sacó del cajón que había al lado del frigorífico y se introdujo el extremo del frasco en la boca.

Se sentó enfrente de la encimera, enchufó el pequeño televisor situado encima de la mesita de mimbre del comedor y puso MTV, donde estaban pasando *Pretty Little Liars*.

Pero, a pesar de que sus ojos estaban fijos en la televisión, su mente estaba en otro lugar. Reflexionaba sobre si estaba bien cabrearse con Sara por ocultarle aquel misterio, cuando él estaba haciendo exactamente lo mismo... solo que su secreto era mucho más grave.

De pronto, la puerta volvió a abrirse. Pero aquella vez era Naomi, que entraba sigilosamente como si quisiera que nadie la viera. Lucía unos pantalones largos oscuros y una sudadera también oscura, a juego con unas *Convers*.

– ¿De dónde vienes? – quiso saber Daniel.

– Hola Daniel... – se asombró Naomi. Llevaba encima del hombro una enorme bandolera de color azul marino.

– Contéstame... – dijo muy serio Daniel, cruzándose de brazos.

– ¿Es que acaso te importa? – eso fue lo último que pronunció Naomi antes de subir las escalera hacia su cuarto.

No obstante, puesto que Daniel no se iba a dar por vencido, subió tras ella y entró en su habitación.

– ¿Sabes que Sara y Emm están ahora en el hospital por culpa de un capullo?

– Daniel se apoyó sobre el marco de la puerta.

– Ya lo sé – Naomi abrió su armario y sacó su pijama.

– ¿Y cómo lo sabes? – Daniel comenzaba a sospechar.

– Porque he estado en la clínica – Naomi le lanzó una profunda mirada – ¿Qué pasa? ¿Acaso crees qué he sido yo?

– ¿Debería?

– ¡Claro que no!

– ¿Entonces dónde has estado...?

– ... – Naomi miró al suelo –. Márchate. Me tengo que cambiar.

– No me iré hasta que no me digas dónde estabas – Daniel se acercó a ella y la agarró del antebrazo.

– ¿¡Quieres saberlo!?! – Naomi lo apartó de ella –. He ido al centro comercial para comprarme el vestido de la fiesta de Las estrellas y al marcharme he pasado por la comisaría... – Daniel abrió los ojos como platos –. Sí, Danny. He ido para contarles tu secreto...

Daniel miró al suelo en busca de algún agujero para poder saltar y terminar con todo, pero no tenía escapatoria.

– Pero no lo hice... – aclaró Naomi.

Daniel la observó tras haberlo escuchado.

— Iba a hacerlo, pero no pude... — las lágrimas acudieron a los pardos ojos de Naomi —. Eres mi hermano y yo... — entonces comenzó a sollozar.

Sobran las palabras. Daniel se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

— Me da igual lo que hayas hecho... — Naomi respondió el abrazo —. Eres mi hermano y no soportaría la idea de que te separaran de mi lado...

— Muchas gracias. Creía que te había perdido — Daniel gimió. Quería mucho a su hermana y no quería que su relación terminara por culpa de un estúpido secreto.

Tras eso, Daniel salió de la habitación para dejarla que se cambiara.

Daniel cerró la libreta de matemáticas y guardó los lápices en su estuche.

De pronto, el teléfono de la cocina sonó, irrumpiendo el silencio de su cuarto.

Naomi abrió la puerta de su dormitorio y bajo las escaleras rápidamente deslizando la mano sobre la varadilla de madera.

Daniel miró al pasillo solitario y se levantó de la silla; se dirigió al cuarto de su hermana.

A pesar de todo lo que su hermana le había dicho, no se fiaba del todo.

Abrió el armario y rebuscó entre sus ropas, en busca de una nota, un mensaje en el móvil,... cualquier pista.

Examinó en la bolsa que traía pero lo único que encontró fue el vestido color lavanda que se acababa de comprar.

Más tarde, miró en el ordenador; en las carpetas, en el historial, la Papelera de Reciclaje,... pero nada.

Daniel escuchó unos pasos que provenían del pasillo. Naomi volvía a su habitación y, si no se daba prisa, terminaría pillándolo.

Se quedó inmóvil, sin saber dónde más buscar. Sin embargo, se percató de un cajón que estaba medio abierto.

Lo terminó de abrir y rebuscó en él; un espejo, papeles sin importancia, fotografías con sus amigas, y... un extraño artilugio de color negro con un difícil mecanismo. Lo agarró y cerró la gaveta.

— Danny, ¿querías algo? — Naomi se asombró al verlo.

— No, nada — colocó las manos sobre la espalda y se introdujo el chisme en el bolsillo del pantalón —. Solo quería saber si tenías una goma de borrar. No encuentro la mía.

— Sí, aquí tienes — Naomi metió la mano en el estuche y se lo entregó.

— Gracias — sonrió. Tras eso, salió del dormitorio de su hermana y se metió en el suyo.

Comenzó a estudiarlo, toqueteándolo. Hasta que, sin darse cuenta, pulsó un botón. Este emitió un extraño silbido.

— ¿Pero qué cojones...? — soltó.

Entonces, el mecanismo repitió su voz, pero esta vez... sonaba como una voz mucho más grave, distorsionada...

Y comenzó a recordar cuando alguien le llamó al móvil amenazándole con esa misma voz.

— No puede ser... — apretó los dientes y se echó en la cama, agotado.

Ahora todo empezaba a encajar en su mente. Aquella persona que había estado enviándole mensajes a él y a sus amigos, aquel que había estado amenazándoles era su hermana Naomi.

15

Los campos de maíz no son buenos lugares para llevar a los amantes

Marine cerró la puerta de su habitación, acalorada. Dejó la mochila violeta de Nike que llevaba amarrada al hombro sobre la cama y sacó la ropa que había utilizado en el hidrosporting.

Faltaban apenas dos días para la fiesta y tenía que lucir radiante, por lo que había prolongado las horas en el gimnasio.

Miró el reloj y se soltó el empapado cabello. Había quedado con Liam en una hora y tenía que ducharse.

Pasó al baño y se desnudó frente al espejo; abrió el grifo y salió agua caliente. Se introdujo en la bañera y dejó que el agua recorriera su torso desnudo.

Enchufó el secador en la clavija y se enjugó el pelo.

Abrió el armario y asió una percha que llevaba colgado un vestido rojo.

Tras un momento de indecisión, decidió introducirse en él.

Marine deslizó la barra de rímel por las pestañas y las movió rítmicamente.

Tras eso se colocó el cabello tras la oreja y miró el pequeño despertador que había sobre su mesita de noche. Inmediatamente, volvió a posar sus ojos sobre su reflejo en el espejo para volver a acicalarse hasta que el sonido del timbre la interrumpió.

“¿Será Liam?”, pensó mientras cogía su bolso de Gucci del lecho.

Bajó las escaleras deslizando la mano sobre la pulida madera de la barandilla; se dirigió hacia la puerta y la abrió con entusiasmo... pero no era quien esperaba.

—Hola Marine... —pronunció Alan.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—¿Puedo pasar? —Alan comenzó a morderse las uñas.

Marine se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Necesito hablar contigo... —le miró a los ojos—. Por favor...

—Está bien —dijo poco convencida—. Pero rápido.

Alan entró en su casa, andando a tientas cómo si se encontrara a oscuras. De pronto, paró en seco y se giró hacia ella.

—¡Marine, lo siento mucho! —Alan estuvo a punto de ponerse de rodillas y besarle los pies—. ¡Yo te quiero! ¡Lo de Ashley fue un error!

Marine se quedó callada, con la lengua trabada sin saber qué contestar.

—Por favor, perdóname. Te amo demasiado como para perderte... —Alan se acercó a ella e intentó besarla pero esta lo detuvo.

—¿Pero qué... coño crees que haces?! —Marine le empujó lejos de ella.

—Vamos, Marine... no seas así... —volvió a aproximarse—. Sabes que te quiero...

– ¡Qué me quieres! ¡Qué me quieres! – Marine se puso roja como un tomate –
 . ¡Me cago en la puta! – siempre que Marine se enfadaba soltaba muchos tacos –
 . ¡Y así es cómo me lo demuestras! Pues espera, que te voy a demostrar mi amor
 con todo mi cariño... – Marine se aclaró la garganta –. ¡Qué te den bien fuerte
 por el culo, mamón de mierda!

– Pero Marine, si yo te quiero...

– ¡Me da igual! ¡¿Es qué no te ha quedado claro?! – Marine le señaló la puerta
 con el dedo, temblando de furia –. Vete de mi casa...

– No Marine, sé que tú también me quieres y...

– ¡¡¡¿Qué?!!! – Marine comenzó a desesperarse.

– Venga Marine, admítelo... – Alan intentó besarla de nuevo.

– ¡No! ¡Ahora tengo novio!

– ¡¿Cómo?! – Alan se alejó de ella –. ¡¿Me has engañado?!

– ¡¿Que te he qué?! – Marine perdió la paciencia.

– No me puedo creer que me hayas mentido...

– ¡Anda! ¿Y a que me suena eso!? – soltó con tono sarcástico.

– Pero que yo te haya hecho daño no significa que tengas que traicionarme...

– No te he traicionado, y, ¿sabes por qué? – Marine volvió a indicarle el camino
 hacia la puerta –. ¡Porque hemos terminado! Por si no te habías enterado –
 susurró –. ¡Ahora lárgate!

Marine cerró la puerta y se apoyó en ella. Se sentía furiosa pero a la vez muy
 relajada. Se había desahogado más de lo suficiente y ahora se encontraba
 increíblemente bien.

Entonces, el sonido del claxon de un coche se escuchó a través de la puerta.

Marine respiró profundamente y se dirigió hacia el vehículo que había aparcado
 frente su casa pero algo la detuvo.

Su móvil emitía sonidos descontrolados.

Introdujo su mano en el bolso y lo sacó; era una llamada de un número
 desconocido. Deslizó el pulgar y abrió el toque.

– ¿Diga? – pronunció suavemente.

– Vigila tus actos, Marine – un voz distorsionada surgió de su teléfono – Ahora
 eres sospechosa del asesinato de Alessia... y más aún con el terrible secreto que
 escondes... – y la otra persona en la otra línea colgó.

Marine miró para todos lados pero no había nadie, únicamente un profundo
 silencio que rodeaba los alrededores.

El coche de Liam frenó enfrente de un cultivo de maíz. Comenzaba a atardecer
 y el interior del vehículo se impregnó del aroma del exterior.

– ¿Por qué paramos? – quiso saber Marine.

Sin embargo, Liam no contestó.

– ¿Te ocurre algo? Desde que hemos subido al coche has estado muy callado.

Liam bajó el cabeza, avergonzado por lo que le estaba haciendo, por mentirle.
 Entonces, alzó la testa, posó su mirada sobre los castaños ojos de Marine y se
 abalanzó hacia sus labios.

Ella bebió de ese beso. Colocó sus manos sobre el cabello de Liam y se acercó a
 él, juntando sus cuerpos. Liam depositó su mano sobre la nuda pierna de Marine

y la deslizó hacia arriba con suavidad. Ella se apartó el pelo del rostro, dejando que Liam le besuqueara el cuello. Marine gimió, disfrutando del momento. Tras eso, Marine se subió sobre el regazo de él, apoyando la espalda sobre el volante, y le desabrochó la camisa, dejando ver el torso desnudo de Liam. Este acarició su muslo, subiéndole la parte inferior del vestido hasta la cintura. Marine le mordió el labio y su mano reptó por el tronco de este. Entonces, posó sus manos sobre el techo del coche, estirando su cuerpo. Liam recorrió toda su figura y bajó la cremallera del atavío mostrando la camiseta de encaje blanco que transparentaba el oscuro sujetador de Marine.

Liam abrió la puerta y salió del automóvil con Marine en brazos; se introdujeron en el campo de maíz hasta llegar a un espacio entre plantación y plantación.

Se arrodillaron en el suelo y se abrazaron recorriendo todos los rincones de sus cuerpos cómo si no hubiera día.

Liam se tumbó en el suelo y abrió su pantalón mientras Marine se posaba sobre su cintura semidesnuda. Volvieron a rozar con fuerza los labios y el carmín de ella se quedó sellado en los labios de él.

Marine abrió el bolso que yacía en el suelo y sacó el envoltorio azul que Nathalie le había regalado anteriormente.

Liam sujetó el preservativo con la boca mientras que esta se sacaba la prenda interior, mostrando sus pechos cubiertos por la tela del sostén.

Ella acarició el pecho de Liam y comenzó a sudar. Tras eso, se acercaron, uniendo sus casi desnudos cuerpos, disfrutando del sabor uno del otro.

Marine arrastró sus manos por los fuertes brazos de él hasta que sus manos quedaron unidas con fuerza.

Entonces, se escuchó el sonido de las hojas del alto maizal.

Marine se detuvo y se apartó el cabello impregnado de sudor de la frente.

—No te preocupes... —Liam tragó saliva—. Habrá sido el viento.

—Sí, tienes razón —y volvieron a besarse, pero aquella vez mucho más fuerte.

Liam le agarró con delicadeza del pelo y le elevó la cabeza para deslizar la lengua sobre el cuello de esta.

Pero de pronto, la maleza volvió a quejarse.

Marine le apartó con cuidado, un tanto asustada.

—No pares...

—Espera —sonrió—. Quiero mirar que es lo que hace ese sonido.

Marine se alzó, tapándose sutilmente sus senos.

Su mirada quedó a la altura del maíz y observó que era lo que producía ese estruendo.

Se llevó la mano a la boca para no gritar al verlo.

Enfrente de ella, había un ente encapuchado, ocultando su rostro bajo una gorra.

La piel se le erizó y un escalofrío le recorrió todas y cada una de sus vértebras.

—Liam... —Marine se agachó sin poder respirar y cogió sus cosas—. ¡Corre!

Entonces, los dos salieron disparados, atravesando la fronda.

Le hacían daño los pies, pero no le importaba. Solo quería ponerse a salvo junto con Liam.

Corrieron durante minutos hasta que se adentraron en el bosque y se ocultaron tras el tronco de un árbol.

Marine respiró aceleradamente y tragó espumarajo por la boca.

— ¿Qué cojones... — Liam cogió aire, fatigado — acaba de pasar?

Pero Marine no respondió.

Un inexpugnable y siniestro silencio se apoderó del ambiente hasta que el móvil de Marine emitió leves sonidos.

Marine abrió el mensaje, temiéndose lo peor.

Te pillé.

El aviso venía enlazado con varias imágenes. Esta las abrió y cerró los ojos con fuerza. Notó cómo si fuera a vomitar por culpa del pánico.

Eran fotografías de ellos besándose y tocándose en el coche y en el campo.

Pero, sin duda, lo que más la asustaba era que las imágenes del interior del automóvil habían sido tomadas desde los asientos traseros.

16

Besos con sabor a miel

Sara se recogió el pelo en una desaliñada coleta y pasó la página del libro de historia. Tenía un importante examen dentro de unos días, después de la fiesta de Las estrellas, y no había estudiado nada. Y, para colmo, tenía que hacer un trabajo de Literatura de cien páginas y no sabía ni de qué era el tema a trabajar.

Sin embargo, cansada, dejó en lápiz que sujetaba en la mano encima del tomo y se dirigió al ordenador.

Se sentó en la silla de giratoria y lo encendió. Tras eso, colocó la WebCam sobre la pantalla.

Abrió el chat y miró en la lista de contactos.

Sabía que eso estaba mal, que tenía que estudiar, pero necesitaba desconectar. Con lo sucedido con Daniel y con la presión de todos los exámenes y deberes no tenía tiempo ni de descansar.

Miró la pantalla e hizo doble clic en el nombre de Sophia, la chica con la que iba a natación y con la que se había encontrado anteriormente en el centro comercial.

Una ventana surgió en la pantalla y, tras unos segundos de espera, surgió la imagen de Sophia, que sonreía al otro lado de la cámara.

– ¡Hola Sara! ¿Qué tal?

– Bien, aunque un poco estresada – Sara soltó una risita.

– ¿Qué te ocurre? – quiso saber ella.

– Es que ahora comienzan los exámenes, y tengo muchos deberes y trabajos.

– Yo también estoy igual que tú – se ríe Sophie –. Oye, me he enterado de lo de que os atacaron en tu casa a tu amiga y a ti, ¿estás bien?

– Sí, gracias – la rabia le recorrió las venas al acordarse del incidente –. La verdad es que fue espantoso.

– ¿Y no sabéis quién puede haber sido? – Sophie arqueó una ceja.

– No... – si en esos momentos Sara lo hubiera sabido, habría ido a matar al culpable.

– Pues yo de ti tendría cuidado – Sophie se puso muy seria, mostrando una mirada gélida cómo el hielo –. Puede que quien haya hecho eso esté más cerca de lo que pensáis.

– ¿Qué quieres decir con eso? – Sara se sorprendió al escuchar las palabras que acababan de salir de la boca de Sophie.

– Lo siento. Me tengo que marchar – y se desconectó.

¿Qué acababa de pasar? ¿Sabía ella algo más de aquel día o... era la persona que las atacó y por tanto el misterioso acosador que les amenazaba con contarles la verdad?

Todo empezó a aclararse en la mente de Sara. Por eso estaba tan rara el día que se la encontró en el centro comercial. Era ella la que estaba convirtiendo su vida y la de sus amigos en un infierno sin escapatoria.

De pronto, alguien llamó a la puerta. Sus padres estaban en Nueva York por motivos de trabajo y su hermano Hale se había ido con Teresa a hacer los preparativos de la boda y elegir la iglesia, por lo que estaba sola en casa.

Sin embargo, no podía dejar que el miedo se apoderara de ella. No podía permitírselo.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia la puerta blanca de roble; la abrió un tanto nerviosa por lo que pudiera encontrarse, pero se calmó al ver quién era.

—Hola, Daniel —entonces se acordó de cuando se encontraban en el hospital y descubrió que ella le había estado ocultando la sentencia que le comunicó el inspector Edison.

—Hola, Sara —llevaba una caja entre los brazos—. Quería hablar contigo —estaba un poco cortado por el comportamiento que tuvo el otro día.

—Yo también —agachó la cabeza—. Siento mucho habértelo ocultado. De verdad.

—No te disculpes. Yo me pasé gritándote de esa manera. Lo siento —Daniel sonrió y le besó tímidamente en los labios—. Mira, te he traído un regalo.

—No tendrías que haberte molestado —pero ya había colocado las manos sobre el paquete, ansiosa por saber lo que era.

Sara puso la caja entre sus extremidades y notó que algo se movía dentro de esta. Sacó el papel con delicadeza, levantó la parte superior del paquete y se llevó las manos a la boca para no gritar de la emoción.

— ¡No me lo puedo creer! ¡Gracias! —gritó al descubrir que lo que había dentro era un cachorrito de gatito atigrado de tonos grises con los ojos verde oliva. Su otro gato, Ajedrez, apareció de la nada y se apoyó sobre las piernas de Sara para ver lo que tenía entre las manos.

—Mira Ajedrez, ahora tienes un nuevo amiguito —este maulló y la miró fijamente con sus enormes ojos azul grisáceo—. Vamos arriba —le dijo a Daniel.

Subieron a su habitación y se sentaron en la cama apartando los libros de Historia y Literatura.

— ¿Qué nombre le vas a poner? —preguntó Daniel sonriendo.

—No sé. Creo que Jack.

—Me gusta ese nombre —entonces colocó su mano sobre la pierna de ella.

Sara dejó a Jack en el suelo y este se marchó de la habitación en busca de Ajedrez.

Lo miró a sus profundos ojos azules y sonrió tímidamente. Su corazón latía rápidamente y su respiración se aceleró.

Entonces ocurrió. Daniel se abalanzó sobre los labios de ella y Sara colocó sus manos sobre la nuca de él. Tras ese apasionado beso, se levantaron de la cama aun con los labios unidos y Daniel la estampó contra la pared. Sus manos recorrieron sus cuerpos como si no hubiera mañana. Sara se subió encima de él entrelazando sus piernas en su cintura; alzó la cabeza y dejó que Daniel le besara suavemente el cuello. Esta gimió y cerró los ojos para disfrutar de esa sensación. Tras eso, Sara le quitó la camiseta casi resquebrajándola y este le arrancó los pantaloncitos. Deslizó las manos sobre la espalda de Daniel, rozando los finos y cortos vellos casi inexistentes del dorso. Él hundió sus manos en las caderas de Sara y las llevó hacia la camiseta de tirantes de esta hasta arrancársela, dejando ver el sujetador azul de ella. Sara alzó la cabeza y miró por encima del hombro desnudo de Daniel y observó que la puerta de su habitación estaba abierta. Esta le hizo un gesto con la mano a Daniel mientras sus labios se rozaban con fuerza

y él la llevó, aún en brazos, contra la puerta, cerrándola de un portazo. Sara bajó de nuevo al suelo y le sacó los pantalones sin dejar de mirarle a sus profundos ojos. Tras eso, se dirigieron a la cama y empujaron los libros que cayeron al entarimado para dejar libre el lecho. Sara se tumbó alargando su cuerpo y este se puso encima de ella; sus narices se chocaron suavemente en cuanto este se acercó a besarla. Hubo mucho silencio después del beso, hasta que él le quitó con delicadeza la prenda inferior dejándola casi desnuda. Sara alargó el brazo y abrió el cajón de la mesita de noche y extrajo un preservativo envuelto en un envoltorio rosa. Nunca había tenido relaciones sexuales, pero siempre guardaba uno por si llegaba la ocasión. Y esta ocasión lo requería.

Daniel se sacó los calzoncillos y los echó en el suelo. Luego agarró el condón que ella tenía entre los dedos y se lo puso. Volvió a apoyarse encima de ella y entonces ocurrió. Sara noto una presión acompañada de un leve pinchazo en su entrepierna. El himen se había roto. Sara maulló con fuerza y dejó escapar de su boca un gemido ahogado. Sintió cómo la temperatura en su cuerpo aumentaba y comenzó a sudar. Una gotita de sudor se deslizó sobre su nariz, cayendo en la comisura del labio. Daniel movió las caderas lentamente de arriba abajo; el placer que sentía dentro de él le provocó un orgasmo. Sara volvió a deslizar sus manos sobre el dorso nudo de él y notó el fresco sudor que recorría su espalda. Luego bajó las manos con delicadeza hasta las nalgas de él y las presionó con fuerza. Sara volvió a gemir, pero esta vez más fuerte. Daniel maulló y se agarró a la cama, presionando las sábanas. Sara colocó sus extremidades sobre los brazos de este y los apretó con fuerza, hincándole las uñas. Este gritó por última vez y se dejó caer encima de ella tras llegar a la polución. Sara echó la cabeza hacia atrás, suspirando. Daniel se situó a su lado y la abrazó, sus cuerpos desnudos se rozaron. Finalmente, la oscuridad llegó a los ojos de Sara, quedándose dormida junto al chico al que amaba.

La luz de la mañana atravesó la ventana del cuarto de Sara. Esta se despertó, quedando cegada por la claridad.

Se incorporó sobre sí misma y miró a su alrededor. Todo estaba justo en su lugar: los libros en el suelo, las prendas esparcidas por la habitación, etc. Eso le hizo suponer que ni sus padres ni su hermano habían vuelto a casa. Se levantó de la cama y observó que Daniel no estaba a su lado.

El sonido del agua en la ducha rompió el silencio.

— ¿Daniel? — Sara alzó la voz.

— ¡Me estoy duchando! — la voz de Daniel retumbó entre las paredes.

Ella se calmó al escuchar su voz.

Tras eso, abrió el armario y sacó un albornoz de algodón y ocultó su torso nudo dentro de él.

Su ordenador emitió un pitido y la pantalla se encendió; había olvidado apagarlo.

Se sentó en la silla rotatoria y arrastró el ratón, pero, para su sorpresa, la flecha no se movió.

Un mensaje salió de repente, sin que ella tocara nada. Contenía un enlace.

La flecha se movió sola e hizo doble clic en el link. En la pantalla apareció un video en el que se escuchaban sonidos.

Sara se acercó más para verlo mejor, ya que la imagen no era nítida. Se llevó las manos a la boca al darse cuenta de lo que era. Alguien les había grabado mientras se acostaban. El sonido de los orgasmos salió de los altavoces. Sara sintió náuseas y la piel se le erizó. Volvió a fijarse mejor. La grabación estaba hecha desde la WebCam de su dormitorio.

Alzó la cabeza y ahí estaba. La cámara estaba encendida, mirándola fría y quieta. Tras eso, otro mensaje se abrió en la pantalla. Lo leyó para sus adentros:

Te vigilo

Ella intentó cerrarlo, pero fue en vano. Cientos de nuevos mensajes aparecieron de la nada. Alguien estaba controlando su ordenador. Sara trató de apagar la computadora, pero esta no respondía. Entonces, se agachó y lo desconectó de la corriente. El ordenador dejó de funcionar.

Volvió a levantarse y miró por la ventana; no había en la calle.

La rabia recorrió sus venas y un escalofrío recorrió todos los rincones de su columna.

Alguien la había visto teniendo sexo y no podía permitir que aquel ente se saliera con la suya.



17

Bromas pesadas

Alessia agarró el último bote de nata y lo vertió dentro de la taquilla de Ronny, vaciándolo por completo. Tras eso observó su malvada obra y sonrió; deslizó la mano y se apartó el rubio mechón que había caído sobre su frente. Toda la taquilla estaba a rebosar de aquella pastosa y grasienta crema, pringándolo todo: la mochila, los libros, las fotografías, etc. Todo había sido sepultado bajo la nata.

Alessia cerró la taquilla al escuchar pasos que provenían del aula de química e hizo un gesto a sus amigos que estaban tras ella para salir corriendo de la escena del crimen. Daniel trotó hacia el lavabo y abrió la puerta para que entraran. Sara y Alessia dejaron la puerta entreabierta para poder observar cómo se ejecutaba aquella broma.

Ronny, una chica de la misma edad que ellos que vestía con ropa ancha para ocultar los kilos de más, abrió su taquilla y la nata se desprendió en el suelo, ensuciando las bailarinas de Ronny. Esta se quedó boquiabierta al ver el estado en el que se encontraba el interior del armario. Los libros estaban pringosos y sus páginas arrugadas por la crema, la mochila se había echado a perder ya que la grasa que estaba pegada en ella no saltaría y las fotografías que se había hecho con sus amigos estaban ajadas. Ronny intentó salvar lo poco que quedaba sin manchar y salió corriendo hacia al servicio contiguo para poder limpiarse los zapatos y derramar alguna que otra lágrima.

Alessia no podía aguantarse la risa, y con ella, se reían sus amigos. Todos excepto Emm, que se encontraba de brazos cruzados viendo como Alessia lloraba de alegría mientras que en los baños de al lado otra chica lloraba de tristeza.

Alessia no tenía motivos para gastar aquella pesada broma, simplemente lo hacía porque era fácil y la humillación ajena le hacía mucha gracia.

Finalmente, Emm salto entre las carcajadas de sus amigos:

– ¿No os cansáis de hacer daño a la gente? –sus amigos se callaron, la observaron y dejaron de troncharse. Se dieron cuenta de que tenía razón. Sin embargo, no todos se dieron por aludidos.

– ¿Por qué eres siempre tan aguafiestas? –Alessia se incorporó y posó una gélida mirada sobre los ojos de Emm.

–No soy aguafiestas, solo soy compasiva –Emm miró al techo, esquivando la ojeada de esta–. Al final eso te traerá problemas. Si haces cosas malas te ocurrirán cosas malas.

– ¿Te refieres al karma? –Alessia soltó una risita–. ¿Y qué me va a hacer el karma? –masculló con tono irónico–. ¿Matarme?

Sean se despertó de aquel profundo sueño. Se levantó aturdido del sofá, sin saber qué había pasado. No tardó mucho en acordarse. Había llegado del instituto agotado tras tres horas de entrenamiento y se quedó dormido en pocos segundos tras tumbarse en el sofá.

Se dirigió hasta la cocina, se sirvió un vaso de agua y miró el reloj que había colgado en lo alto de la pared. Dejó la copa en la encimera de mármol y caminó rápido hacia su habitación. Había quedado con María en quince minutos y tenía que ir a recogerla.

Abrió el armario y asió lo más elegante que encontró en ese momento. Se puso unos pantalones vaqueros de vestir oscuros y una camisa de cuadros verdes, azules y blancos. Miró su reflejo en el espejo y, mientras se peinaba, reflexionaba sobre el sueño que acababa de tener. Aunque más que un sueño era un recuerdo. Rememoraba ese día perfectamente, y lo que dijo Alessia cuando estaban en los servicios. ¿Quién iba a decir que la macabra ironía de Alessia se iba a hacer realidad? La verdad es que Sean recordaba todas las travesuras y fechorías que había hecho él junto con sus amigos. Y tenía mérito, ya que no eran pocas. Casi todos los días le hacían pasar mal a cualquier persona del instituto porque para Alessia todos eran inferiores a ella.

Sean volvió a mirar el reloj y se dirigió hacia la puerta principal para salir de la casa. Se había quedado absorto en sus pensamientos y llegaba tarde a su cita con María. Se metió dentro de su BMW blanco, arrancó el vehículo y salió rápidamente hacia la casa de María.

Sean salió del coche y abrió la puerta del copiloto. María salió de dentro y le dio las gracias. Lucía un vestido de tirantes corto y estrecho de color rojo oscuro.

Entraron en Cicada, un restaurante italiano de los más caros y románticos de Los Ángeles. Sean había reservado mesa hacía ya varios días dado que era muy difícil entrar si no se hacía la reserva con mucha antelación. Fue idea de Sean quedar antes de la fiesta de Las estrellas para poder conocerse mejor. La verdad es que, para Sean, invitarla a la fiesta nada más haberla conocido le parecía demasiado precipitado. Por no hablar del beso que se dieron cuando se conocieron.

El establecimiento era enorme en su interior. El suelo era de madera oscura y tenía dos plantas. Una enorme lámpara colgaba del techo, dando un ambiente más romántico.

Se sentaron en la mesa reservada y ojearon la carta de menú. El camarero llegó a su mesa tras un momento de indecisión y tomó nota de sus pedidos.

Sean pidió una ensalada italiana y María unos canelones de verduras.

Tras más de diez minutos de espera llegaron los platos. La ensalada de Sean tenía muy buena pinta. Llevaba mozzarella con forma de esfera, cebolla caramelizada y crujiente, tomatitos pequeños, habas crudas y aceitunas, todo untado de vinagre de Módena. Los canelones de María tenían toda clase de verduras: alcachofa, espinacas, cebolla, col, etc....

— ¡Los canelones están deliciosos! — exclamó María —. ¿Quieres probarlos? — María pinchó con el tenedor un trozo de su comida y se lo llevó a la boca de Sean, que se relamió los labios para limpiarse la verde salsa.

— ¡Están muy buenos! — sin duda, uno de los mejores platos que había comido en su vida. Y había probado mucha variedad de alimentos, ya que a sus padres les encantaba viajar a diferentes lugares del mundo y probar sus exóticos platos.

— Por cierto, ¿cómo están Sara y Emm? — preguntó cambiando de tema.

– Bien, no te preocupes – Sean se acordó de aquella noche en el hospital y su sonrisa desapareció. Se le había olvidado por completo que siempre había alguien que lo observaba a él y a sus amigos. Alguien que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para hacerles daño – . Emm se hizo un corte en el brazo porque se clavó unos cristales pero ya está bien, y Sara solo se llevó un golpe en el pómulo.

– Dios mío... debe de haber sido terrible... – María colocó sus manos encima de las de Sean y le miró fijamente.

– Pero cambiemos de tema – no tenía ganas de hablar de eso – . ¿Tienes ganas de que llegue mañana?

– La verdad es que sí – María volvió a mirarle. Los azules ojos de María chocaron con los verdes de Sean. Sean se incorporó y la besó en los labios suavemente. La verdad es que estaba un poco indeciso con esta relación, pero al mirarla fijamente se acordó de por qué la besó aquel día en el centro comercial. Estaba empezando a sentir algo por ella. Algo muy fuerte.

Sean volvió a sentarse y miró su plato medio vacío, enrojecido por el beso. Observó detenidamente su plato y se percató de un detalle. Había algo escrito en el fondo de la fuente. Un mensaje escrito con negro yacía bajo sus ojos.

Espero que te haya gustado la ensalada. La he hecho especialmente para ti.

Sean volvió a estudiar su plato. Sí, efectivamente no había sido ninguna alucinación. Ahí estaba el mensaje, semioculto bajo las hojas de la lechuga.

Se levantó rápidamente de la silla, observando aún la fuente. Sentía retortijones en el estómago y notó que iba a vomitar. Salió disparado hacia los servicios y escuchó como María le llamaba a lo lejos.

Entró en uno de los retretes y comenzó a devolver. Agarró la tapa y la apretó con fuerza. Realmente se sentía fatal.

Tras unos segundos terminó de arrojar y se limpió la boca con la muñeca y alzó la cabeza hacia la cubierta.

No podía creérselo. Había otro mensaje escrito con permanente rojo:

¿Te ha hecho gracia esta broma? A Mallory no le hizo ninguna.

El secreto sobre Mallory volvió a presentarse en su cabeza, ya que hacía días que se había olvidado del tema.

Se sentó en el baño y cerró los ojos, esperando que todo eso fuera un sueño. Pero por desgracia, era muy real.



18

La historia de amor más corta

Emm miró su reflejo en el espejo y estudió el nuevo corte de cabello que le había hecho la peluquera. Se había cortado el pelo unos dedos y se lo había rizado al estilo bob, y puesto que su cara era redondita, le quedaba estupendamente. Se levantó del sillón y se dirigió al mostrador; sacó el monedero del bolso y pagó lo que debía. Tras eso, salió al exterior y el reluciente sol chocó contra su rostro, pero no le molestaba. Estaba realmente contenta porque esa misma noche era la fiesta de Las estrellas e iba a ir con Liam.

Entró en el coche, que estaba aparcado enfrente de la peluquería, e introdujo un disco de música en el reproductor. Arrancó el coche y la música se puso en marcha. Sonaba "Stronger", la nueva canción de Kelly Clarkson, y Emm la seguía con su voz, cantándola a todo volumen. Sin duda, estaba muy contenta.

Aparcó el coche en cuanto encontró un hueco entre los vehículos y salió de él. Se dirigió a la sastrería, donde había dejado su vestido para que le hicieran unos arreglos. Abrió la puerta y los cascabeles que había encima de esta chocaron entre sí, produciendo un leve sonido.

Saludó al dependiente y extrajo de su bolso el ticket de referencia para el vestido. El empleado lo agarró con una sonrisa plasmada en la cara y lo examinó. Tras un momento de silencio, se metió en la trastienda y le sacó el atavío verde esmeralda colgado en una percha y envuelto en plástico transparente.

Emm lo asió y le pagó lo que le debía por los arreglos del vestido. El traje era desnivelado, y Emm lo llevó para que acortaran la parte de atrás, que era más larga.

Las campanitas de la puerta volvieron a sonar y el dependiente saludo a la mujer que acababa de entrar.

– Buenos días, señora Rumsfield.

Emm se paró en seco al escuchar lo acababa de decir. Rumsfield. ¿Sería quien creía que era? Emm se giró y la observó. Sí, no se equivocaba. La madre de Alessia acababa de entrar.

– Hola, señora Rumsfield – vestía con una blusa blanca con volantes y unos pantalones largos negros, que mostraban que había adelgazado muchísimo desde la muerte de su hija. También llevaba unas enormes gafas de sol de Chanel que ocultaban las ojeras por falta de sueño. La melena, que antes era larga y con un precioso tono rubio ceniza, ahora era corta, desaliñada y el rubio se había apagado –. ¿Cómo se encuentra?

– Todo lo bien que se puede estar después de haber perdido a mi hija – tras eso, el tiempo fue ocupado por el silencio. El empleado lo interrumpió, dándole una camisa de color azul a la señora Rumsfield. Esta se despidió y se dirigió a la puerta, pero justo antes de llegar perdió el equilibrio y se apoyó en la pared, mareada. Seguramente, le había dado una bajada de tensión por la falta de alimento, porque se veía a la legua que hacía días que no comía.

Emm fue a ayudarla, pero esta la apartó, agitando la mano lentamente.

— ¡No me toques, asesina! — gruñó.

Emm dio un respingo al escuchar las palabras que había pronunciado antes de salir de la tienda. Tras unos segundos de indecisión, Emm salió en busca de la señora Rumsfield, con el vestido sobre el brazo.

— ¡¿A qué se refiere con eso?! — no le importaba que alguien la pudiera escucharla.

— No te hagas la tonta... — la madre de Alessia se acercó a ella —. Se lo que hicisteis tú y tus amigos aquel verano. Y no me pienso callar hasta se descubra la verdad — y entonces, se fue.

Emm se quedó paralizada. Su corazón se aceleró y su respiración era intermitente. El sentimiento de alegría desapareció. ¿Qué quería decir con lo de que lo sabía? ¿Sabía lo que le ocurrió a Mallory? Si era así, ella y sus amigos estaban perdidos, a pesar de que ellos no tenían la toda la culpa de lo de Mallory.

Un mensaje en su móvil la extrajo de sus pensamientos. Sí, era lo que ella pensaba. Otro mensaje de aquel misterioso ente llegó a su teléfono. Emm lo agarró y lo abrió, sin saber lo que se iba a encontrar.

Agárrate Emm, las sorpresas no han terminado.

¿Quieres saber lo que hace tu novio cuando no está contigo?

El texto venía precedido de un enlace. Indecisa y asustada por lo que se pudiera encontrar, abrió las imágenes. En ellas salía Liam con otra chica que le resultaba familiar. Se acercó el móvil a la cara y la vio. Liam había estado engañándola con una chica. Pero no con cualquier chica. Le había engañado con una de sus mejores amigas. Le había engañado con Marine.

19 Capítulo final Caerá una estrella

Sara cogió la corbata oscura de la cama y la enlazó alrededor del cuello de Daniel. Tras colocársela le dio un tenue beso en los labios y este posó sus manos sobre el trasero de esta; Sara le agarró las manos y las colocó en su tronco. Entonces, Daniel metió la mano en la mochila que había llevado para cambiarse en casa de su novia.

— ¿Puedo? — sacó una cajetilla de cigarrillos y la agitó rítmicamente. Sara asintió un tanto disgustada ya que no le gustaba nada que su novio fumara. En general, odiaba todo lo que provenía del tabaco.

— Está bien, pero ponte al lado de la ventana que no quiero que el olor del humo se quede impregnado en la habitación — Daniel obedeció y se sentó en la acolchada repisa que había debajo de la ventana.

— Oye Sara, aún no he visto tu vestido — pronunció Marine, que había estado sentada enfrente del espejo recogiendo el cabello en un moño y escuchando la conversación que tenían Sara y su novio. Ella ya se había puesto el vestido que se había comprado hacía unas semanas. Era un atavío rosa de palabra de honor y la falda de terciopelo del mismo tono llegaba hasta un palmo de las rodillas.

— No te preocupes. Ahora me lo pongo — tras eso miró a Daniel, que expulsaba una nube de humo por la boca hacia la ventana abierta —. Como alguien que yo me sé no sabe colocarse una corbata... — se rió. Entonces, se metió en el probador que tenía dentro de su habitación y, tras un par de minutos, salió con el vestido puesto. Era un ajuar de tubo blanco y de encaje que llegaba hasta bien arriba de la articulación.

— ¡Estás guapísima! — Marine se mordió el labio y le guiño un ojo —. Estás tremenda — luego se rieron al unísono.

— No seas tonta — Sara cogió una bolsa de su armario y le mostró un cinturón negro y unos zapatos de tacón oscuros —. Me lo voy a poner junto con esto — seguidamente se sentó delante del espejo, al lado de Marine —. Por favor, hazme un moño como el tuyo que a ti te salen genial — Marine asistió y, tras coger unas cuantas horquillas, se puso manos a la obra.

— ¡Sara! — una voz se escuchó por el pasillo. Esta la reconoció enseguida —. ¡Tus padres me han dejado pasar cuando se iban!

— ¡Estamos en mi habitación, Sean! — entonces apareció por la puerta con el traje colgado de una percha —. Te puedes cambiar ahí dentro — dijo mientras señalaba el vestidor; este asintió con una sonrisa y se introdujo dentro.

— ¿Va a venir Emm? — preguntó Marine mientras sujetaba el cabello de su amiga entre las manos.

— Sí. Estaba hablando con ella antes por teléfono y me ha dicho que vendría. La verdad es que su voz sonaba un poco extraña — seguidamente miró a Marine en el espejo —. Por cierto, ¿cuándo voy a conocer a tu novio? — masculló entre risitas.

– Muy pronto, no te preocupes. Me ha dicho que pasaría por aquí, que tenía que hablar conmigo.

– ¿Tienes idea de lo que te tiene que decir?

Marine negó con la cabeza y abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpida por Daniel.

– Emm está viniendo hacia aquí y... – Daniel se acercó más a la ventana para mirarla mejor – me parece que está llorando.

Sean salió del vestidor y se giró hacia la puerta ya que había sonado el timbre de la entrada. Todos bajaron para ver por qué estaba Emm llorando; Sara abrió la puerta.

– Hola Emm, ¿qué te ocurre? – quiso saber Sara. Sin embargo, Emm no respondió.

– ¿Está Marine? – preguntó limpiándose las lágrimas e intentando no llorar. No quería que nadie la viera lloriqueando.

– Sí, está detrás... – no pudo acabar la frase. Emm entró y se quedó petrificada cuando vio a Marine a unos pasos delante de ella y con el vestido puesto. Entonces se armó de valor y le dijo algo que normalmente ella no haría.

– ¡Eres una guarra!

– ¡¿Qué?! – se sorprendió –. ¡¿Por qué me dices eso?! – quiso saber Marine.

– ¡Como si no lo supieras! – Marine no supo qué responder –. ¡Míralo tú misma! – entonces Emm le enseñó el mensaje y las fotos que había recibido esa misma mañana.

– “¿Quieres saber lo que hace tu novio cuando no está contigo?” – dijo en voz alta mientras leía el texto –. ¡Novio! – Marine dio un respingo al ver las imágenes –. ¡¿Qué significa esto?! –

– ¡No te hagas la tonta! – Emm le arrebató el móvil de las manos –. ¡Mi novio me ha engañado contigo! ¡Y tú lo sabías! ¡Como tu novio te engañó con otra decidiste hacérmelo pasar mal a mí!

– ¡Espera! – Marine la agarró del brazo –. ¡No tenía ni idea de que era tu novio! ¡Él nos ha engañado a las dos!

– ¡No me toques! – Emm se apartó de ella y se dirigió a la puerta –. ¡Espero que mueras esta noche, zorra! – y entonces se marchó. Sin embargo, otra sorpresa la esperaba en el exterior. Liam estaba enfrente de ella.

– Emm, tengo que decirte una cosa.

– ¿Me vas a decir que me has estado engañando con una de mis mejores amigas?

– ¿Qué? – Liam parecía sorprendido –. Si llego a saber que era tu amiga no te habría engañado...

– Oh, gracias. Eso me deja mucho más tranquila – dijo con un tono sarcástico.

– Espera, lo siento – Liam se acercó y la agarró delicadamente por la muñeca –. Puedo explicártelo.

– A ver cómo me explicas esto – entonces cerró la mano y arremetió un puñetazo contra la nariz de este. Liam se tiró al suelo y puso sus manos sobre el hocico, ahora ensangrentado.

– ¡¿Qué haces?! – su nariz no paraba de sangrar – ¡Me has roto la nariz!

— Cállate si no quieres que te rompa otra cosa que no tiene hueso — la verdad es que Emm nunca se había comportado de esa forma. Pero ya estaba harta. Harta de ser siempre la buena de la película. Harta de quedar siempre como una tonta. Se había acabado lo de ser la niña buena.

Emm atravesó el enorme jardín de la casa de Sara y sintió que alguien iba detrás de ella.

— ¡¿Es que aún no te ha quedado claro?! — Emm se giró, con el puño en alto, preparada para volver a golpear a Liam. Pero no era él.

— ¿Estás bien? — preguntó Sean, que ya estaba preparado para ir a la fiesta.

— No... — entonces rompió a llorar y tras un momento de indecisión abrazó a Sean —. Estoy harta de todo.

— No te preocupes — Sean posó su mano sobre su cabeza y luego le dio un delicado beso en la frente —. Ahora lo que tienes que hacer es ir a la fiesta y pasártelo genial.

— No pienso ir a la fiesta...

— Tienes que ir — Sean la miró a los ojos —. Así podrás olvidarte de todo esto.

— Está bien... — expresó poco convencida.

— Si quieres puedes venir con María y conmigo en mi coche.

— No, no hace falta. No quiero ser un estorbo.

— ¿Quieres qué te acompañe a casa? — se ofreció Sean.

— De acuerdo — entonces salieron de los perímetros de la casa de Sara y se dirigieron a la de ella con el coche de Sean.

Mientras tanto, Sara había visto toda la escena y se había quedado atónita en la entrada. Tornó su cabeza y se dio cuenta de que Marine ya no estaba con ellos. Se había metido en el baño y podía escuchar cómo lloraba. Sara sabía que esto debía ser muy duro para ella. Primero le engañó Alan y ahora Liam. Entonces volvió a posar su mirada sobre la calle y vislumbró la silueta de una persona entre la maleza de la casa de enfrente, remarcada por la luz del atardecer. Alguien lo había visto todo. Y Sara estaba convencida de que era aquel misterioso ente que vio en el funeral de Alessia. Quien enviaba todos aquellos mensajes. Quien sabía todos sus secretos. Quien casi mata a Emm y a ella noches atrás. Ahí estaba, observándolo todo, a metros de ella. Entonces supo que aquel maníaco también estaría en la fiesta, dispuesto a aguarles la velada a ella y a sus amigos.

Las luces de colores que salían de los focos que había en el suelo chocaban contra las torres del Diamond Palace, tiñéndolo de distintos tonos. La música se escuchaba a kilómetros y algunas personas estaban fuera esperando a sus parejas. El enorme jardín que había alrededor del palacio estaba lleno de flores y árboles frutales, lo que daba al lugar un ambiente de cuento. Una larga alfombra roja de terciopelo te indicaba el camino a seguir para entrar en el edificio. Asimismo, varias señales en la carretera guiaban hacia el aparcamiento que había algunos metros lejos de la nave.

Emm aparcó entre dos coches su Land Rover tras varios minutos de cola para poder entrar. Sin embargo, no salió del coche. Se quedó dentro, reflexionando sobre el porqué había venido. Habría sido preferible quedarse en casa. Estaba

realmente enfadada con Marine, con Liam e incluso con ella misma, y no tenía ganas de encontrarse con ninguno de ellos.

Emm respiró profundamente y agarró su bolso para salir del vehículo, pero se detuvo al darse cuenta de que su bolso estaba abierto. Se volvió a incorporar en el asiento y extrajo una nota encerrada en el interior de un sobre. Se tapó la boca con las manos para no gritar. Un escalofrío le recorrió la columna y se le hizo un nudo en la garganta, impidiéndole tragar. Releyó la carta y frunció el ceño, e inmediatamente la estrujó, transformándola en una pequeña bola de papel.

Tras eso, salió del coche rápidamente y se dirigió a la fiesta. Siguió el camino de la alfombra roja y llegó a la entrada del edificio. Varias personas menores que ella intentaban colarse, pero los guardaespaldas lo impedían. La fiesta se celebraba siempre unas semanas después del comienzo del instituto, y solo iba dirigido a los alumnos del último curso o para los que están en la universidad. Lo cierto es que, hacía dos años, ella y sus amigos junto con Alessia habían intentado colarse dentro, pero los habían pillado.

Uno de los guardas abrió la enorme puerta de madera y la dejó entrar. En el interior se encontraba la recepción y justo al lado se hallaba un pasadizo que llevaba a las habitaciones. Y es que, el Diamond Palace, aparte de ser un lugar donde poder disfrutar y pasártelo en grande, era también un hotel y un restaurante.

Emm observó como una pareja se dirigía al ascensor para subir a su habitación. Ella también iba a hacer lo mismo con Liam. Si todo aquello no hubiera ocurrido, esa noche habría ido con Liam a una de las habitaciones, habrían apagado las luces y, quién sabe, a lo mejor lo habrían hecho. Pero todo se había estropeado.

Emm se evadió de sus pensamientos y volvió en sí. Continuó andando y abrió la puerta de cristal que estaba ante ella y bajó las enormes escaleras, cubiertas de una tela roja con adornos dorados, y se topó con una cortina azul entreabierta. La música estaba muy fuerte en ese punto y podía escuchar cómo la gente gritaba, cantaba y reía. Entonces se armó de valor y entró.

Todo el mundo bailaba al son de la música. El suelo era como un espejo y podían verse reflejados en él. En el techo había varios focos de colores que se movían a gran velocidad y a los bordes de la habitación había unas cuantas mesas con manteles blancos donde podías sentarte a descansar y picotear algo.

Emm vio a Sara y a Daniel entre la gente y, tras ponerse bien los volantes del escote, se dirigió hacia ellos. Sin embargo, paró en seco cuando estaba enfrente de la mesa. Marine también estaba allí.

—Hola Emm —dijo Sara levantándose del asiento para darle un beso. No obstante, ella no respondió. Se limitó a mirar seria a Marine, que esquivaba su mirada. Abrió la boca para hablar con ella sobre la carta que había encontrado en el coche, pero no pudo. Entonces se marchó y desapareció entre la multitud.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó María a Sean, que también estaban allí. María lucía un vestido corto de palabra de honor azul cian a juego con la corbata de su novio.

—Es una larga historia —entonces se acercó a ella y la besó en el cuello— ¿Quieres bailar? —ella asintió con la cabeza y salieron a la pista de baile.

—Pobre Emm —pronunció Sara, quien se volvió a sentar al lado de Daniel.

—Sí... —no obstante, Daniel no tenía tiempo para poder pensar en ello. Estaba vigilando por si aparecía su hermana Naomi. Desde que encontró el distorsionador de voz en su cuarto no había dormido bien y estaba seguro de que era ella quien enviaba todos esos mensajes y amenazas. Sin embargo, era demasiado pronto para contárselo a sus amigos.

Entonces, de la nada, apareció. Ella llevaba un vestido blanco semitransparente en el escote y en la mitad del muslo, y pequeños detalles de colores en el extremo del atavío centelleaban bajo la luz de los focos. Sin embargo, no estaba sola. Iba acompañado de un misterioso chico más alto que ella. Un chico rubio con ojos azules. ¿Quién era su acompañante? ¿Era acaso él su cómplice?

Mientras tanto, Sara también estaba absorta en sus pensamientos. No podía quitarse de la cabeza la última frase que dijo Sophie antes de desconectarse del chat unos días atrás. “Pues yo de ti tendría cuidado. Puede que quien hizo eso esté más cerca de lo que os pensáis”. ¿A qué se refería con eso? ¿Era una forma de decirle que era ella la que estaba detrás de las amenazas y del ataque en su casa? ¿Fue ella la que la espiaba teniendo sexo con su novio? ¿O sabía algo más acerca de la muerte de Alessia?

Sophie también estaba allí, agarrada de la mano de su novio Josh (ex novio de Alessia). Vestía con un vestido rosa de tul y se había ondulado el cabello, que caía por encima de sus hombros.

Sara rotó la cabeza hacia otro lado y se dio cuenta de que Teresa también estaba allí. Vestía un atavío negro escotado por la espalda y la larga melena rubia estaba recogida en una trenza que caía sobre el pecho de ella. Sara no pudo evitarlo y su cabeza dio un vuelco cambiando de tema. Esa era la oportunidad perfecta para poder hablar con ella y arreglar los problemas que tenían.

—Marine, ¿puedes quedarte con mis cosas, por favor? —Sara no se había llevado el bolso y solo había cogido las llaves del coche, el móvil y la tarjeta para el parquin. Tras eso, se levantó de la silla y se dirigió hacia Teresa, ocultándose entre el gentío.

— ¿Estás bien Marine? —preguntó Daniel después de que Sara se marchara y los dejara solos.

—Sí... no te preocupes —Marine guardó los objetos que le había dado Sara en su bolso. Entonces alzó la vista y vio a Alan junto con Ashley. Esta se dio cuenta de que Marine les estaba mirando y se abalanzó sobre él, besándole con fuerza en los labios y colocando su mano sobre su trasero.

Marine, furiosa, apartó la vista y se levantó de la silla y, sin decir palabra a Daniel, se dirigió a los lavabos esquivando a la gente que bailaba.

Abrió la puerta del servicio y se metió dentro. En el interior había tres chicas sentadas en los lavamanos hablando y fumando.

— ¿Podéis marcharos, por favor? —dijo Marine, agitando la mano para que una nube de humo se desvaneciera. Sin embargo, las tres chicas se rieron de ella con un tono sarcástico ya que no tenían pensado irse — ¡Qué os piréis! —aquella vez las chicas obedecieron, quedándose serias y murmurando cosas sobre ella. Una vez se marcharon, Marine cerró la puerta y colocó con fuerza el taco de madera que había al lado de esta, atrancándola. Tras eso, Marine se apoyó en la encimera de mármol del lavabo y se miró en el espejo; se quitó las horquillas del cabello y

agitó la cabeza para que el pelo se soltara. Entonces abrió el bolso y sacó una petaca de metal llena de whisky y, tras vacilar un instante, dio un gran sorbo al frasco, quemándose la garganta.

Sara eludió a las personas que se topaban en su camino y apartó con el brazo a algunas parejas que bailaban en la pista hasta que llegó a su destino.

—Hola Teresa —tuvo que elevar la voz para que ella la escuchara. Sara se dio cuenta de que llevaba una carpeta de color marrón entre los brazos—. No sabía que venías —miró a su alrededor y se percató de que Hale no estaba con ella— ¿No has venido con mi hermano?

—No, él se ha ido con tus padres para cenar y ver dónde se celebrará la boda. La verdad es que yo no iba a venir, pero me llamaron hace unos días para ayudar en la fiesta. Es que el hijo del dueño del Diamond Palace es muy amigo mío.

—Entonces, ¿lo de la boda va en serio? —preguntó segura de la respuesta.

—Si... —Teresa la miró con cara de pena—. Sé que no te gusta la idea de que nos casemos y...

—He venido para hablarte de eso —la interrumpió—. Quería decirte que apruebo que os caséis. La verdad es que estaba enfada... —el teléfono móvil de Teresa la interrumpió.

—Me alegra mucho lo que me estás diciendo pero tengo que cogerlo —Teresa sacó su iPhone de última generación y contestó a la llamada—. Dime Hale —se tapó un oído para poder escuchar mejor lo que le decía su prometido. Pero fue en vano. La música estaba demasiado alta—. Espera, que voy a salir fuera. Aquí no se puede hablar —entonces Teresa se despidió en silencio de Sara y desapareció entre la muchedumbre.

Sara se quedó allí, plantada con la palabra en la boca. Alguien posó su mano sobre su hombro y esta dio un respingo. La intensidad de la luz bajó y una lenta canción se adueñó del ambiente.

—¿Quieres bailar? —Daniel estaba detrás de ella.

—Claro —Sara sonrió, se agarró de la mano y el hombro y apoyó su cabeza sobre el pecho de él. En los segundos restantes, nadie pronunció palabra y dejaron que la melodía guiara sus pasos.

Mientras, Sean bailaba con María. Este colocó sus manos sobre la cintura de ella y la atrajo hasta él; sus labios se rozaron con suavidad y, tanto el uno como el otro, cerraron los ojos disfrutando del momento.

—Sean, quería hacerte una pregunta —dijo María mirándolo a los ojos—. No quiero que pienses que voy demasiado rápida con esta relación pero, ¿te gustaría pasar la noche conmigo en el hotel?

—Por supuesto que sí —Sean plasmó una sonrisa de oreja a oreja. En esos momentos, no se le ocurría ninguna idea mejor que pasar la noche con ella. La verdad es que no tenía intención de perder la virginidad esa noche. Solo quería dormir abrazado a ella y besarla hasta que el sol apareciera por el horizonte.

—Entonces... —María le besó otra vez en los labios—. Voy a coger las llaves de la habitación —y se marchó de su lado con delicadeza, rozando su mano con la de él hasta soltarse.

El ambiente en la habitación de Ashley y Alan era muy romántico. Las luces estaban apagadas y lo único que alumbraba el cuarto eran varias velas encendidas.

Ashley estaba tumbada encima de Alan, vestida únicamente con la ropa interior negra. Alan colocó su mano en el trasero de esta y la besó con fuerza.

— Esto con Marine no podía hacerlo — Alan volvió a besarla.

— Seguro que ella tampoco hacía esto — entonces Ashley introdujo su mano en el calzoncillo de Alan. Él dio un pequeño respingo y suspiró negando con la cabeza. Ashley alzó la cabeza y vio que la botella de vino que había encima de la mesita de noche estaba vacía —. Espérame aquí. Voy a bajar a la bodega y coger otra botella de vino — sacó su mano del slip de este y se levantó de la cama — ¿Me puedo poner tu camisa? Es que no tengo ganas de vestirme — Alan asintió.

Ashley salió de la habitación vestida con la camisa blanca de Alan, la cual le venía enorme. Llamó al ascensor y sintió que alguien la observaba. Se giró pero no había nadie. Bajó a la bodega, pasando por la escalera de caracol que había antes de llegar allí. Deslizó los dedos sobre las botellas de cristal hasta que finalmente eligió una. Ashley volvió a notar que alguien la miraba y giró la testa hasta el final del pasillo entre las estanterías repletas de frascos. Había alguien allí, observándola.

— ¿Qué haces tú aquí? — preguntó al reconocer a la persona que la miraba. Entonces aquel ente sacó una navaja plateada que brillaba bajo la luz de las bombillas—. Dios mío... — Ashley soltó la botella, haciéndose añicos y desparramando el líquido rojizo que había en su interior. Se giró y se dirigió hacia la salida, corriendo tan rápido como se lo permitían sus piernas. Sin embargo, aquella persona llegó antes que ella, sorprendiéndola. Ella cayó al suelo.

— Por favor, no me hagas daño... — Ashley se arrastró por el suelo sin quitar la mirada en los ojos del ente, que se acercaba a ella cuchillo en mano. Entonces, ella se levantó y corrió hacia el final de la sala. Se dio cuenta de que había una puerta cerca de ella. Fue corriendo hacia allí e intentó abrirla, pero estaba atascada. Ashley volvió a voltear la cabeza y aquel ser ya no le seguía. Volvió a salir corriendo, escondiéndose entre las estanterías. Se tapó la boca para que su respiración no delatara su posición y se quitó los tacones para no hacer ruido. Se quedó parada en la última estantería y vio que la puerta que la llevaría a la salida estaba a unos pasos de ella. Sin embargo, al otro lado del estante estaba la persona que la seguía para matarla. Ashley se apoyó y empujó la estantería, cayendo todas las botellas al suelo y tiñéndolo de rojo. Ashley corrió hacia la puerta, gritando cuanto podía. Pero la puerta no se abría. Entonces notó que alguien la agarró por detrás y la empujó contra el suelo, golpeándose la cabeza. Intentó incorporarse, pero no podía. Aquel ente estaba encima de ella, impidiéndole que moviera las piernas. Levantó el cuchillo en alto e intentó asestarle una puñalada pero ella lo paró, gritando. Volvió a alzar la navaja y esta vez consiguió clavársela en la palma de la mano, en un intento fallido de esta por defenderse. Extrajo el puñal de su mano y lo volvió a alzar. Y aquella vez no falló. El filo se introdujo en la garganta de Ashley. La sangre comenzó a brotar sin control. Ashley notó como sus pulmones se encharcaban de sangre y le impedía respirar, la sangre

rebotaba de sus labios. El dolor era insoportable. Sus movimientos incontrolados se convirtieron en pequeñas convulsiones hasta que finalmente su corazón dejó de latir. Aquella persona se levantó y agarró el cadáver por las piernas y lo ocultó en una pequeña habitación de la misma bodega. Tras eso, cogió una fregona y ocultó la sangre del suelo con el oscuro vino.

Marine volvió a mirarse en el espejo. Su cabello estaba revuelto y el rímel se le había corrido. Se introdujo el cuello de la petaca en la boca pero estaba vacía. Y ella estaba muy borracha. Se sentó en la encimera y miró los tacones que estaban en el suelo. Su vista estaba borrosa y apenas podía mantenerse en pie. Su móvil sonó, interrumpiendo el silencio de los servicios. Era otro mensaje.

¿Quieres saber quién soy? Reúnete conmigo al lado del Diamond Palace. Te espero allí.

Volvió a leer el mensaje y se puso los zapatos tras un largo momento para poder mantenerse en pie. Sacó el taco que impedía que la puerta se abriera y salió. Nathalie estaba fuera, esperándola.

— ¿Estás bien, Mar? — preguntó ayudándola a que no se cayera.

— Estupendamente... — su voz y su aliento delataba que estaba ebria como una cuba—. Ahora no puedo hablar... tengo que irme...

— No puedes irte. Estás muy ciega.

— Lo sé... — Marine se rió—. Tengo un pedo enorme... Pero no puedo quedarme... el mensaje dice que vaya... — y Marine se soltó de los brazos de Nathalie y salió al exterior.

Sara besó en los finos labios a Daniel al terminar la canción y se soltó de él.

— Voy a tomar algo — dijo señalando la mesa donde estaban antes sentados — ¿Quieres que te traiga alguna cosa? — pero Daniel se negó. Sara se dirigió hacia la mesa y observó los platos a elegir: rebanadas de pan tostado con queso gratinado por encima, trozos de melón envueltos en jamón, cupcakes, etc. Sin embargo, no fueron las magdalenas de colores lo que le llamó la atención. Se percató de que Marine no estaba en la mesa. Alzó la testa y la buscó entre la muchedumbre, pero no la encontraba. De pronto, tuvo un mal presentimiento. ¿Y si le había pasado algo? Ya sabía de lo que era capaz el misterioso ente que entró en su casa hacía unas noches. Fue como un sexto sentido. En su mente apareció la imagen de Marine. Su cadáver flotaba en el río. Sara agitó la cabeza y eliminó la macabra alucinación de su mente. No podía permitir que le pasara algo. Marchó a la cortina azul que separaba la fiesta del recibidor y se topó con Nathalie, que mostraba una mueca de preocupación en su rostro.

— ¿Has visto a Marine? — esperaba que ella supiera la respuesta.

— No... — Nathalie arqueó una ceja—. Estaba hablando con ella hace un instante y me ha dicho que tenía que irse. Algo sobre... no sé que de un mensaje. Estaba muy borracha.

– ¡¿Qué?! – ladró. Sara volteó la cabeza hacia el interior del local. Tanto Sophie como Josh habían desaparecido. Un escalofrío le recorrió todos los lugares de su columna. Entonces apartó a Nathalie y se dirigió al exterior.

Mientras, Daniel se dio cuenta de Sara entraba en recepción rápidamente. “¿Habrá pasado algo?”, pensó. Daniel se giró y observó cómo Naomi desaparecía entre la multitud, agarrada de aquel misterioso chico. Entonces, el acompañante de su hermana se giró y lo miró. Los gélidos ojos del compañero de Naomi se clavaron en los azules ojos de Daniel y, tras un momento de incomodidad, sonrió. Fue una sonrisa diabólica, que quedó grabada en la mente de Daniel. Sin pensarlo, corrió hacia la salida en busca de su novia. Por suerte para él, ella estaba fuera.

– Sara, ¿qué haces aquí? – Daniel no quería dejarla sola.

– Tengo un mal presentimiento – Sara lo agarró de la mano –. Marine no está dentro y creo que le ha pasado algo.

– No te preocupes. Seguro que está bien. La buscaremos dentro – Daniel la agarró del hombro y la atrajo hasta él –. Seguro que está en la parte trasera del Diamond Palace.

– Espero que tengas razón... – sin embargo, Sara no se quedó tranquila.

Marine estaba en el jardín que había en el costado del edificio. Estaba sola. Todo el mundo que había en exterior había entrado y la gente más pequeña que ella se había cansado de intentar colarse y se había marchado a sus casas.

El silencio que había en el ambiente era total hasta que Marine escuchó un sonido que proveía de sus espaldas. Se giró torpemente, aún muy borracha y observó con dificultad la sombra que había a unos metros enfrente de ella.

– He venido como me has dicho... Cumple tu promesa y muéstrame quien eres – sin embargo, el misterioso ente no respondió. Marine entrecerró los ojos y vislumbró como algo al lado de la sombra brillaba. El filo de una navaja centelleaba bajo la luz de la luna.

Marine se quedó paralizada, sin saber qué hacer. Pero finalmente actuó. Dio la espalda a la sombra y corrió por el césped tanto como se lo permitía la embriaguez. Corrió y corrió entre las tinieblas para despistar a aquel que la perseguía, pero era en vano. Sin saber a dónde huir o a quien recurrir, se introdujo en el aparcamiento y se ocultó entre dos coches. Alzó la cabeza y se dio cuenta de que aquel misterioso ser estaba lejos de ella, en el piso superior del parking. Miró al suelo, con la vista borrosa, y se quitó los tacones para no hacer ruido. Entonces se percató de que aún llevaba el bolso encima, y que dentro de él estaban las llaves del coche de Sara y la tarjeta del garaje. Tenía que llegar al vehículo y escapar. A pesar de que no se había sacado el carnet de conducir, ya había conducido varias veces para practicar y no era tan difícil. Bueno, al menos, eso pensaba ella. Sin embargo, no había tiempo de buscar otra salida. Esa era su salvación.

Volvió a alzar la testa por encima del capó rojo del vehículo y vio que el ente que la perseguía estaba lejos de ella. Tenía que hacer algo. Corrió agazapada hacia el Mini de Sara para que no la viera. Tras llegar al coche volvió a agacharse y rebuscó las llaves en su bolso. Su corazón iba a mil por hora y las manos le

temblaban, lo cual le dificultó la búsqueda. Finalmente las encontró y, tras una ojeada hacia el interior del parking, pulsó el botón verde del llavero para abrirlo. Por desgracia, el vehículo emitió un pitido cuando se abrió, delatando que intentaba escaparse. Entonces, Marine se armó de valor y entró dentro del automóvil. Giró la cabeza y observó que aquel misterioso ente se acercaba a gran velocidad.

Marine intentó meter la llave por la cerradura para arrancar el coche, pero su borrachera no se lo permitía. La llave entró por fin en la aldaba y el motor gruñó. Pisó el acelerador cambiando de marcha y el coche se desplazó hacia atrás. No obstante, aceleró demasiado y se estampó el coche que había detrás del suyo; el motor se paró. Marine intentó arrancar de nuevo pero algo se lo detuvo. La persona que la seguía rompió la luna lateral del coche y la agarró del brazo con fuerza. Forcejearon y forcejearon hasta que el coche reinició. Marine pisó al acelerador y consiguió soltarse. Subió una rampa para poder llegar al monitor que abría la puerta. El coche rozó contra la pared, extirpando el retrovisor. Aun así, no le importaba. Tenía que huir.

Paró al lado del monitor y, con impericia, deslizó la franja metálica de la tarjeta sobre el lector; la puerta de acero comenzó a abrirse. El coche subió la cuesta, restregándose contra la pared y arañando las puertas del vehículo.

Marine vislumbró una luz al final del camino. Sin embargo, la puerta volvió a bajar. Aquel ente había roto el lector con la punta del puñal. El portón cayó sobre el Mini, aboyándolo e impidiéndole el paso; el motor se apagó automáticamente. Marine abrió la puerta pero se atrancó. El portón estaba aplastándola también. Entonces, Marine recostó sobre el asiento del copiloto y arremetió contra la puerta una fuerte patada, consiguiendo que se abriera. Se incorporó sobre sí misma y salió del vehículo hacia el exterior.

Corrió descalza por el jardín trasero del palacio. Su respiración era corta y sintió que le faltaba el aire. Avanzaba en zigzag con la vista nublada hasta que chocó contra el enorme portón trasero del Diamond Palace.

— ¡Socorro! — Marine golpeó con vigor la puerta hasta hacerse daño — ¡Qué alguien me ayude! — se giró y se percató, a pesar de su difuminada vista, de que aún la seguía. Continuó gritando hasta que la garganta se resintió, pero nadie la escuchaba. La música del interior estaba muy fuerte. Aturdida y cansada, cogió una piedra del suelo y la lanzó contra el cristal de la puerta, tapándose la cara para que una esquirla no entrara en un ojo. Introdujo la mano en la cavidad que había producido el golpe de la roca y abrió la puerta; al sacar el brazo un cristal rebanó la parte anterior al codo y la sangre comenzó a brotar. Pero no había tiempo de quejarse. Entró y notó que la oscuridad era total. A tientas, subió las escaleras que pudo vislumbrar gracias a la tenue luz que entraba.

Jadeando, entró en otra sala llena de mesas cubiertas con manteles. Seguramente, esa habitación estaba preparada para algún banquete de comunión o bautizo. Marine avanzó entre las tinieblas y chocó contra una mesa, cayéndose al suelo. Miró al pasillo por donde acaba de entrar y observó que la sombra de la persona que la seguía estaba plasmada en la pared. Se levantó y continuó corriendo hasta que llegó a una escalera y, tras vacilar un instante, las subió. Arribó a un pasillo alumbrado por la luz de la luna que entraba por una ventana

abierta. Cansada, avanzó despacio intentando tragar saliva. Pero, de la nada, delante de ella, apareció el ser que la seguía.

Daniel y Sara encendieron la luz del pasadizo que llevaba a la puerta exterior. Sara estaba muy preocupada por Marine ya que aquella extraña sensación no había desaparecido. No obstante, no tenía ningún miedo.

— Sara, no está aquí — dijo Daniel a sus espaldas.

— Quizá esté en el piso de arriba.

— No — Daniel no quería pasar más tiempo allí —. Seguramente habrá vuelto a la fiesta. Que es lo que tenemos que hacer nosotros también.

— Dime una cosa Daniel — Sara se acercó a él — ¿Te ocurre algo? — prosiguió —. Desde que estamos aquí parece muy asustado — Sara sintió que ocultaba algo — ¿Hay algo que tengas que decirme?

— La verdad es que sí — Daniel tragó saliva —. Creo que quien está detrás de todo esto es... — pero algo le interrumpió. El grito de una chica.

— ¡Marine! — pronunció Sara. Aquel escalofrío que había sentido antes volvió a presentarse. Miró a su novio y subieron las escaleras hacia el lugar de donde provenía el estruendo.

Aquel individuo la empujó contra la pared, sujetándola del pelo. Alzó la navaja y la llevó despacio hacia el ojo de Marine. Ella lo paró con las manos y vio ante ella, a pocos milímetros, el rígido y afilado filo. El sujeto arrastró con fuerza el cuchillo hacia el cuello desnudo de Marine e hincó la punta en la garganta de esta; una pequeña gota de sangre salió de la herida. Entonces, el ente miró a la ventana abierta y soltó el puñal. La agarró del cuello con las dos manos y la levantó del suelo. Marine no podía respirar. Y tras un instante de asfixia, su cuerpo se precipitó por la ventana. Sin embargo, consiguió agarrarse de la repisa.

— ¡Por favor, no me mates! — las lágrimas cayeron por las mejillas de Marine. El individuo se agachó, agarró el cuchillo y deslizó el filo por los dedos de ella, cortándolos. La sangre brotó y delicadas gotas de color rojo cayeron por la muñeca de esta.

— ¡Eh, tú! — Daniel apareció por detrás. Este guardó la navaja y huyó del lugar — ¡Sara, ayuda a Marine! — esta obedeció. Se dirigió a la ventana y le cedió la mano a Marine.

— ¡Dame la mano! — Marine la alargó y se agarró de la extremidad de Sara.

— ¡No me sueltes!

— ¡No te preocupes! No pienso soltarte... — sin embargo, la presión de la mano de Sara en los dedos de Marine provocó que la sangre emergiera con rapidez y pequeñas gotas del oscuro fluido cayeran sobre la cara de esta última. Y entonces ocurrió. Los dedos resbalaron de la mano de Sara y el cuerpo de Marine se precipitó contra el suelo. El estruendo producido se escuchó más que la música. Sara se asomó y observó el cuerpo de su amiga en el suelo. Un pequeño charco de sangre se formó alrededor de la cabeza de esta. La pierna izquierda estaba torcida hacia arriba y ensangrentada, al igual que el brazo derecho, que estaba girado hacia fuera y el hueso del codo asomaba entre la carne sanguinolenta.

Sean salió del interior de la fiesta para mirar que había ocurrido. Su cuerpo se quedó congelado al ver a Marine, que yacía sin moverse en el suelo.

– ¡Qué alguien llame a una ambulancia! –Sean se agachó entre lágrimas y recogió entre sus brazos el cuerpo de su amiga. De pronto, Nathalie acudió a su llamada.

– ¡Dios mío! –se arrodilló en el suelo y agarró el móvil para llamar a emergencias. De pronto, todo el mundo que estaba en el interior salió para ver qué había pasado.

– ¡No le noto el pulso! –gritó Sean, asustado. Las lágrimas cayeron de sus ojos. Al cabo de unos minutos, las luces de la ambulancia llegaron al lugar. De ella, varios hombres bajaron rápidamente y la tumbaron en una camilla.

– ¡No respira! –ladró uno mientras le colocaba una mascarilla con una bombona para que pudiera respirar.

Mientras, Sara se había quedado paralizada al lado de la venta, arrodillada en el suelo. De pronto, el sonido de su móvil irrumpió el silencio de la habitación. Sara agarró el bolso de Marine, que se le había caído antes de que su cuerpo se precipitara por la ventana, y sacó su teléfono. Era otro mensaje:

¿Tienes miedo ahora? Deberías zorra.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, sentía miedo. Mucho miedo. Sin duda, esto no era ningún juego.

CONTINUARÁ...

Esta es una publicación de:



Créditos:

- **Corrección:**
Iara (Ayudante de E.F)
- **Diseño de Documento:**
Clyo

OJO

Este PDF y su contenido es propiedad de Ediciones Frutilla © Todos los derechos reservados, Prohibida su copia, venta y distribución no autorizada.

Contactanos en:

ediciones-frutilla.blogspot.com